

**De amor, comercio y pasión.  
Voces del pasado sobre el libro<sup>1</sup>**

PAZ ROMERO PORTILLA – MANUEL-REYES GARCÍA HURTADO  
Universidad de A Coruña



«Un libro es un escrito (ya sea compuesto con la pluma o mediante caracteres, en muchas o en pocas páginas, esto es indiferente) que presenta un discurso que alguien tiene con el público por medio de signos lingüísticos visibles».

KANT, Immanuel, *Qu'est-ce qu'un livre?*, 1796<sup>2</sup>.

Todo lo que rodea al ser humano nos habla de libros y de lectura. Evidentemente, no siempre desde los inicios de su andadura sobre la Tierra al emplear el término «libro» nos referimos al mismo objeto, pues en él podemos englobar desde las pinturas rupestres del hombre prehistórico que nos relatan su vida cotidiana, sus miedos, sus anhelos, a los fósiles que nos delatan las causas de su muerte, sus ritos funerarios y manifestaciones culturales, hasta los coprolitos que reclaman nuestra atención para confesar de primera mano cuál era su dieta alimenticia. Como vemos estos libros son muy especiales, pues no tienen el formato que para nosotros es inseparable de los mismos, y ni tan siquiera tienen los signos convencionales que denominamos escritura que recubren lo que hemos dado en llamar páginas. Más aún, el término «leer» ha terminado hoy día por ser una expresión generalizada que se aplica a cualquier situación. Así oiremos que se dice «leer un cuadro» o «leer un partido».

<sup>1</sup> Esta investigación se ha financiado con el Proyecto de Investigación «Comunicación y difusión en la Galicia del Antiguo Régimen: cultura oral y cultura escrita en una sociedad bilingüe» (HUM2005-1289) de la Secretaría General de Política Científica y Tecnológica, Ministerio de Educación y Ciencia. Plan Nacional de I+D. 2005-2008.

<sup>2</sup> *Qu'est-ce qu'un livre? Textes de Kant et de Fichte*, traducidos y presentados por Jocelyn BENOIST, Paris, Presses Universitaires de France, 1995, p. 133. Traducción de los autores.

Nuestro viaje por el universo libro debería iniciarse, si fuéramos puristas y deseáramos ser exhaustivos, ni antes ni después de la aparición de la escritura. Es decir, en la clásica e infinidad de veces traída a colación Sumeria. Desde ese momento, y sin solución de continuidad, el desarrollo de la civilización ha venido marcado por el pensamiento que se ha vertido sobre diversos soportes, que han ido cambiando con el paso de los siglos y los milenios, desde las tablillas de barro, la madera, el papiro, el pergamino, el papel o las tecnologías de la información –muy especialmente Internet– en el tránsito del siglo XX al XXI. Ha cambiado sólo la superficie sobre la que el hombre ha posado su vista para hacer suyos los conocimientos que le han legado quienes le precedieron o sus propios contemporáneos, pero lo que no va a poder ser modificado jamás es la necesidad de un emisor, de un receptor y de un mensaje escrito, ya que aunque pueda ser verbalizado por un instrumento este no estará haciendo sino leer y enviar a nuestro cerebro por el sentido auditivo la misma información que penetraría por nuestros ojos de actuar sin intermediarios mecánicos.

A lo largo y ancho de la historia el libro ha tenido grandes amantes. Incluso nos permitiríamos decir que sus mayores perseguidores, quienes más los han detestado y odiado, practicando con ellos toda suerte de vejaciones y mutilaciones hasta llegar a provocarles la muerte, sentían por ellos el mismo amor, simplemente que incapaces de conquistarlos, de hacerlos suyos, de convertirlos en aliados, de poder aceptar la supremacía de sus creadores a quienes estaban, quizá, subyugando por las armas, determinaron someterlos y hollarlos. El ensañamiento con el libro a lo largo de los siglos es una prueba palmaria y evidente de que la barbarie no es incompatible con el ser consciente del poder que atesoran las palabras. Lo que sí que refleja es el mar de ignorancia de quienes creen que se puede callar a la escritura. La negación del libro supondría la desaparición de los mismos que lo persiguieron, pues sólo gracias a las páginas de la historia hoy sabemos de ellos. Paradojas de la cultura, el libro acoge y ha dado posteridad a quienes intentaron suponer para él un punto y final. Esto es imposible. Mientras quede una brizna de pensamiento un libro estará naciendo.

Como se adivina por el título que encabeza estas páginas nos vamos a centrar en quienes sintieron, se preocuparon y combatieron por hacer del libro lo que es hoy día. No menos sugestiva es la otra vertiente de sus feroces enemigos, el fuego, la espada, el agua, las enfermedades que los han azotado, los personajes que hicieron y hacen gala de un odio atroz por la cultura y su manifestación libresca haciéndolos víctimas de las guerras, ya como rehenes y prisioneros (saqueos de bibliotecas) o ya sufriendo ejecuciones sumarias (destrucción de bibliotecas, autos de fe donde son pasto de las llamas). A este aspecto siniestro (persecución de las ideas) y cruel (ensañamiento con el débil e indefenso) es a lo que se ha denominado «memoricidio». Todavía está por hacer su historia. Nosotros venimos recolectando desde hace años materiales para escribir sobre esta cuestión. Sin embargo, como señalábamos hace unos instantes, los protagonistas de las páginas que siguen son algunos de los nom-

bres que han hecho gala de sensibilidad, de inquietud, de interés por el libro y que no son conocidos más que por aquellos que se dedican al campo de la historia del libro o de la bibliografía, y lamentablemente de manera fragmentaria en el mejor de los casos.

Que pasemos en silencio sobre la Antigüedad, que pone los cimientos de la cultura clásica grecolatina, no debe ser interpretado más que por la necesidad de acotar cronológicamente la cuestión entre los siglos XIV y XVIII, marcando un antes y un después con la introducción en la producción de libros del artilugio que más ha marcado su existencia material. Nos referimos claro está a la imprenta. Hablar de libros con antelación a la segunda mitad del siglo XV supone que nos refiramos a textos que son copiados en los cenobios con delectación y paciencia por monjes. Esto implica que sean obras de gran valor artístico, pues cada una de ellas es única y singular, por no hablar del económico. En ese mundo de monjes, de tintas de colores aplicadas con gran pulso a enormes iniciales que encierran bellos paisajes, de páginas de grandes dimensiones, de encuadernaciones lujosísimas y, en suma, de objetos de un volumen físico que los hacía difícilmente manejables, es donde encontramos al primero de los personajes que va a atraer nuestra atención.

En un universo como el medieval donde la cultura letrada es patrimonio de la Iglesia, es natural que sea en su seno donde vea la luz una obra cuyo título es una declaración de intenciones. Hablamos de Richard de Bury, obispo de Durham, y su *Filobiblion*, es decir, literalmente el amor a los libros. Este sentimiento que inundó a Bury desde su infancia es preciso no pasar por alto que no surge con él, pues él mismo no está haciendo sino imitar a los autores de la Antigüedad. Todo está en los libros, desde la sabiduría, los vestigios del pasado, los planes de futuro, los documentos que sancionan el poder o el privilegio de las autoridades, y son el mecanismo que lleva a la inmortalidad en la Tierra, pues un autor no muere nunca mientras quede uno sólo de sus textos. Ellos son los maestros más delicados y respetuosos, siempre dispuestos a transmitirnos sus conocimientos, sin correcciones extemporáneas, sin castigos. A buscarlos, adquirirlos y mimarlos dedicará su vida nuestro obispo, recorriendo librerías privadas y públicas, de regulares y de seculares, contactando con anticuarios y libreros en Inglaterra y en las tierras de Francia, Alemania e Italia, personalmente o mediante comisarios, sin dudar por ningún momento en destinar grandes cantidades de dinero para lograr liberarlos o para copiar los que no estaban a la venta. No escatimó en gastos, pues como confiesa: «preferimos los libros a las libras; tuvimos más amor a los códices que a los florines; quisimos más folletos pequeños que rumbosos palafrenes»<sup>3</sup>.

En la Edad Media, veremos más adelante cómo cambian las cosas con la imprenta, los libros son un instrumento, un arma, para combatir la herejía, lo que además de su papel de divulgador, de transmisor, le confiere un valor rayano en lo sobre-

<sup>3</sup> BURY, Richard de (1287-1345), *El filobiblion*, Barcelona, Zeus, 1960, p. 60.

natural. No en vano la palabra de Dios, la vida de Cristo, la existencia de los santos, en resumen, la religión cristiana hace uso diario y constante del libro para evangelizar, predicar y alimentar la fe del pueblo. Los libros son las armas de la milicia clerical para combatir a herejes y paganos: «Dios nos dio los dedos para escribir y no para empuñar armas»<sup>4</sup>. Hay libros pues que son pasto para el intelecto, como los hay que son pasto para las almas. Por tanto, no se puede considerar elevado el precio de un libro, si en él se encuentra la senda de la Salvación o se tiene presente que lo que atesora no es cuantificable materialmente. Pero a la teoría se opone la realidad que se muestra tozuda, pues no todos los miembros de la Iglesia hacían gala de la misma pasión que Bury por los libros, y son duramente criticados quienes escogen poseer en su lugar bienes materiales. Si quienes detentaban la posibilidad real e intelectual de adquirir y estudiar en los códices los repudian o los minusvaloran, prefiriendo dedicar sus rentas a mercar tierras, casas o ropas, entran en escena las que podemos denominar enfermedades del libro, que van a perdurar hasta el fin de los tiempos, y que pueden ser físicas –materiales– o espirituales –adulteración del contenido–:

«En consecuencia [dicen los libros], hemos de quejarnos de que hemos sido injustamente desalojados de nuestras estanterías ... Nuestras espaldas y costados son minados por diversas enfermedades ... Nuestro candor natural y resplandeciente de luz, ha perdido su brillo y se ha vuelto gris o amarillento ... Las goteras, el humo y el polvo que nos maltratan sin cesar ... Nuestros vientres, con crueles contorsiones en los intestinos van consumiéndose mordidos sin cesar por roedores gusanos y llevamos la corrupción a ambos costados. ... Ningún vendaje nos envuelve las crueles heridas que, siendo inocentes, nos infieren con excesiva saña ... nos venden como si fuéramos esclavos o mozas de servicio y nos dejan como rehenes en las hosterías, sin esperanza de redención. ... Gracias a la ligereza de clérigos petulantes, el sastre y el zapatero y cualquier oficial de corte, cualquier artesano en suma, nos encierra como si nos pusiera en una cárcel. (...) Es cierto que nunca podremos derramar suficientes lágrimas por todos los libros que han perecido en todas partes por las vicisitudes de las feroces guerras»<sup>5</sup>.

Y a los daños corporales se suman los más dolorosos si cabe del alma, de su argumento:

«Se abusa a diario de nuestra generosidad cuando, por obra de pésimos compiladores, traductores y adaptadores, se nos dan nombres de nuevos autores por lo que, al destruir nuestra antigua nobleza, degeneramos cada vez más a medida que vamos renaciendo

<sup>4</sup> Ídem, p. 87.

<sup>5</sup> Ídem, pp. 41-43 y 55.

en las numerosas copias. (...) ¡Ay!, al editarnos, a cuántos mentidos escritores nos entregáis. ¡Cuán defectuosamente nos leéis! y ¡cuántas veces con vuestros juicios habéis destruido en nosotros lo que debíais corregir si hubiérais estado imbuidos de piadoso celo! Hemos de aguantar muchas veces a intérpretes ignorantes que a pesar de desconocer la lengua tienen la pretensión de traducirnos de un idioma a otro; de lo que resulta que, sin tener en cuenta la propiedad de las palabras se expresan como propios del autor pensamientos alterados vergonzosamente. ... se nos entrega con marcada injusticia al dominio de los laicos lo que es de más amargo sabor que la misma muerte»<sup>6</sup>.

De todo lo dicho por Bury hoy suscribiríamos la práctica totalidad, pues los libros como objeto no suelen recibir los cuidados que precisan tampoco ahora, y en cuanto al mal de compiladores y traductores es algo universal, una especie de plaga bíblica, como la que aparecerá más adelante de los críticos. Sí que puede llamar la atención que los libros teman tanto a los laicos como a su misma destrucción, pero tengamos presente que el que escribe y quienes tienen el monopolio de la cultura en la Edad Media son los clérigos. Por tanto, un libro no puede desear estar sino en compañía de quien sabe que lo va a valorar y le va a tratar con delicadeza y respeto. Además, son la herramienta fundamental para difundir la fe de Cristo, de modo que no deben extrañarnos sus palabras lo más mínimo. La imprenta romperá estas últimas barreras, pero poco a poco, pues en sus inicios la temática de los libros seguirá siendo casi absolutamente de naturaleza religiosa y hay que avanzar mucho en la Edad Moderna para que otras materias y géneros se vayan abriendo paso en las prensas y en las bibliotecas.

Aunque sólo fuera por egoísmo, por reducir el esfuerzo de quienes se aplican al estudio y al avance de las disciplinas, es primordial conseguir que los libros permanezcan, perduren, pues no hay nada que no se realice sobre el trabajo, la obra, lo redactado por otro antes. De no ser así se corre el peligro de no dar un paso adelante, sino de andar a ciegas o en círculos. Las letras y las ciencias se apoyan en quienes escribieron precedentemente. Los ejemplos son infinitos, y algunos tan transparentes como la propia historia. ¿Cómo escribirla sin fuentes, sin apoyarnos en otros? Por tanto, hay que poner todo el empeño en que esos vasos del conocimiento que son los libros tengan una vida lo más larga posible, y que cuando le aceche su fin un copista dé a luz un vástago que le suceda. Ahora bien, además de poseer el objeto libro y de leerlo, hay que tomar todas las precauciones precisas para que su existencia no peligre, empezando por no poner las manos sobre ellos jamás sin que estén perfectamente limpias. Claro que una vez en nuestro poder es cuando realmente debemos acentuar los cuidados. Sus palabras, si no supiéramos que son de hace seis siglos, podrían pasar por actuales:

<sup>6</sup> Ídem, pp. 43-44.

«En primer lugar deben fijarse que hay que guardar medida en el acto de abrir y cerrar los libros; ni deben ser soltados [estaban encadenados] con inconsiderada precipitación ni, una vez usados, deben dejarse sin abrochar debidamente, pues merece más consideración un libro que un zapato.

Hay una terrible raza de estudiantes, muy mal educada por lo común que, si no siente el freno de una reglamentación por parte de sus superiores, se muestra insolente e ignorante, comete mil necedades, obra descaradamente, se hincha con orgullo y se atreve a juzgar de todo con inconsciente aplomo, puesto que en todo carece de la debida experiencia.

Es posible, tal vez, el caso de un joven sin seso que pierde miserablemente el tiempo haciendo como que estudia; tiene la nariz helada, puesto que estamos en invierno, y le salen los mocos que no se digna limpiar con el pañuelo permitiendo que caigan y ensucien el libro que tiene debajo. ... Sus uñas están llenas de porquería, negras como el betún y dejan la huella como señal en el lugar que la lectura le ha gustado. Coloca multitud de pajas en diversos lugares del libro, de modo que se vean bien y le sirvan de recordatorio de lo que la memoria se niega a retener, pajas que el estómago del libro no digiere y que nadie se preocupa de sacar y son causa de que se rompan las ordinarias junturas del libro y, olvidadas, lleguen a pudrirse dentro de él. Tampoco tiene reparo en ir comiendo la fruta y el queso que antes depositó sobre el libro abierto ni en pasear de página a página el vaso en que bebe.

Como no usa escarcela<sup>7</sup> para limosnas deposita los restos de la comida en los libros. Hablador, no cesa de ladrar contra sus compañeros y mientras filosofa sin sentido, riega con la saliva el libro abierto bajo su pecho. ¿Hay más? Apoyado en los codos se inclina sobre el libro y concilia un largo sueño en el tiempo de un corto estudio; luego pretende hacer desaparecer los pliegues que ha causado doblando las hojas al revés con lo que le causa todavía un daño mucho mayor.

[Cuando pasa el invierno] lo llena de violetas, primaveras, rosas y toda clase de hojas. Se servirá de las manos húmedas y sudorosas para volver las páginas; tocará con los guantes llenos de polvo los cándidos pergaminos y recorrerá con el índice enfundado en cuero línea por línea las páginas que lee...

<sup>7</sup> «Cierta bolsa larga, que antiguamente caía desde la cintura sobre el muslo, adonde se llevaba la yesca y el pedernal para encender lumbre en tiempo de necesidad. Modernamente se toma por la bolsa o bolsillo asido al cinto. La etimología de esta voz parece sale del nombre yesca, y que de yesquera o yescarcela, quitada la y, quedó escarcela». *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua... Compuesto por la Real Academia Española. Tomo tercero. Que contiene las letras D.E.F.*, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española por la viuda de Francisco del Hierro, 1732, p. 556.



Otros hay a los que debería prohibírseles de manera absoluta que tocan los libros; son los que creyéndose aptos para ornamentar letras aunque sean ineptos, no tienen reparo en convertirse en glosadores de los libros magníficos que por lo general les son prestados»<sup>8</sup>.

Los libros deben ser depositados en armarios contruidos al efecto de donde, como acabamos de ver, salen para ser leídos y también para ser prestados. No en vano Bury realizó un catálogo de sus libros que donó a la universidad de Oxford para el uso de sus estudiantes. No queremos seguir adelante sin señalar que el paso del tiempo y los enemigos del libro no perdonaron al legado de Bury. Esta biblioteca que crea nuestro protagonista contaba con un reglamento, según el cual se debía dar una fianza superior al valor del libro al obtenerlo en préstamo –podía ser por un año–, jurar que se emplearía para estudiar y no se llevaría fuera de la ciudad, y se tenía constancia documental del trasiego de obras. Por tanto, y para concluir con nuestra primera voz, Bury repasa la vida del libro que en su época era sinónimo de manuscrito, expone cómo debe ser tratado y, lejos de buscar su posesión como algo que atesorar, pone las bases del préstamo bibliotecario, que en su época no podía ser más que eclesiástico o universitario, que, por otra parte, eran sinónimos.

La aparición de la imprenta de tipos móviles a mediados del siglo XV, el empleo del papel para la confección de los libros, la producción en serie de las obras, etc., significa que hay un aumento de volúmenes impresos que corren por Europa y que los precios de estos objetos se reducen. En la Edad Moderna acontece un incremento casi exponencial del número de libros que se imprimen, una diversificación enorme de los temas y materias de las obras y un aumento paulatino del porcentaje de la población que está en disposición económica y cultural de acceder y disfrutar de los mismos. Es normal por tanto que lo que en un primer momento será visto como un regalo de Dios, una bendición que permitirá llevar hasta el más recóndito lugar de la Tierra la Sagrada Escritura, ya en la segunda década del siglo XVI, cuando Martín Lutero de manera muy inteligente utiliza la imprenta para difundir sus innumerables textos, la Iglesia y el Estado van a comprobar que es necesario controlar un instrumento que hasta entonces les había servido sólo a ellos. La imprenta, y por extensión lo que sale de ella, puede ser peligrosa. En este contexto se comprende la aparición de los primeros edictos en Europa que condenan libros, hasta que entra en escena de

<sup>8</sup> BURY, *op. cit.*, pp. 90-91. Algunos estudiantes «a menudo, en lugar de bellas capitulares, pintaban caricaturas de sus profesores. Tampoco sentían gran respeto por los libros mismos. En los márgenes de los libros de texto de aquel tiempo es frecuente encontrar acotaciones poco reverentes, tales como ‘pamplinas’, ‘majaderías’, ‘disparates’». ILIN, M. (Nació en 1895), *Negro sobre blanco. Una historia de la escritura y el libro*, prólogo de Georg FINTE, traducción del alemán por José AGUILAR, Madrid, M. Aguilar-Rollán, 1946, pp. 453-454.

manera sistemática y con continuas actualizaciones el *Index Librorum Prohibitorum* en el que la Iglesia Católica, en una suerte de catálogo de lo que no hay que leer o hay que expurgar, publicará –en España desde 1559 hasta 1805– el elenco de la literatura peligrosa, siendo un eficaz auxiliar del Tribunal de la Santa Inquisición. Vemos pues, y sólo lo queremos esbozar, que los poderes civil y eclesiástico tendrán siempre la mirada vigilante sobre cuanto impreso –y manuscrito– se ponga en circulación.

Con el triunfo del libro y su producción creciente otro aspecto que no escapará a la autoridad es que el libro no es sólo un vehículo de saber, un instrumento de instrucción, etc., sino que también es simple y llanamente una mercancía, y que como tal puede ser gravado con impuestos con los que contribuir a las arcas del Estado. Ni que decir tiene que a quienes vivían en el entorno de los libros (autores, impresores, encuadernadores, ilustradores, libreros, etc.) esta idea les pareció un ataque en toda regla a su actividad, que no podían ocultar que era un negocio, pues vivían –o malvivían, mejor dicho– de ella, pero que no van a cejar en su intento de defender y demostrar que esa política era aciaga tanto para la Hacienda del rey como para la República de las Letras. Desde el primer momento en que los libros se multiplican en la segunda mitad del XV los impresores son beneficiados con exenciones y privilegios, se crean incipientes mercados, surgen importantes clientes (universidades, Iglesia, nobles) y los libros son objeto de medidas que los protegen y favorecen<sup>9</sup>. Pasan las décadas, cambiamos de siglo, y hacia 1637 las ansias recaudatorias de la corona de Felipe IV posa sus ojos sobre el libro. Desde entonces el libro es considerado como una mercadería más, y por tanto sujeto a cargas impositivas. Y convertido en un objeto de comercio, desprovisto del aura que le había protegido hasta el XVII, el libro tiene que defenderse. Quienes componían su universo vieron peligrar su subsistencia, de modo que abundan los escritos contra unas medidas que se reprueban. Traemos a colación, entre otros muchos posibles, el discurso de Juan Bautista Valenzuela Velázquez, que como presidente de la Real Chancillería de Granada tenía una profunda formación jurídica. Clama Valenzuela contra el propósito de hacer «tributarios y pecheros» a los libros<sup>10</sup>. En su defensa va a emplear tanto argumentos jurídicos como culturales. Aplicar un impuesto a los libros supondrá elevar su precio, de lo que se derivarán consecuencias nefastas en cascada: muchos jóvenes deberán dejar los estudios y el arte de

<sup>9</sup> *Nueva Recopilación*, ley 21, título 7, libro I. En ella podemos leer: los reyes, «quisieron y ordenaron, que de los libros no se pagase alcabala. ... que de aquí adelante todos los libros que se trajeren a estos nuestros reinos, así por mar como por tierra, no se pidan ni pague ni lleven almojarifazgo, ni diezmo, ni portazgo, ni otros derechos algunos».

<sup>10</sup> VALENZUELA VELÁZQUEZ, Juan Bautista (1547-1645), *Discurso del señor doctor Iuan Baptista Valenzuela Velázquez... en razon de las conuenencias que ay para que su Magestad... ampare las letras, y profesores dellas y no consienta que a los libros se cargue alcauala, ni otra imposición*, s.l., s.i., (1638), h. 1 r. Utilizamos la edición facsímil publicada en TORRE VILLAR, Ernesto de la, *Elogio y defensa del libro*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1990 (3ª ed.).

la imprenta entrará en decadencia al no ser rentable. Por otra parte, ¿acaso ignora la Corona el dinero que debe invertir en libros el que se dedica a escribir? ¿Se desea despoblar a España de autores, de hombres doctos, que enseñan cuanto aprenden en sus lecturas y reflexiones, fruto de largas vigiliás, de renunciás y esfuerzos? Valenzuela hace gala de extensos conocimientos sobre la historia de las bibliotecas, de los beneficios que han irradiado a los pueblos que las han poseído, pero no puede, sin embargo, dejar de terminar con el único argumento al que podría conceder cierta audiencia la Corona:

«no hay cosa más odiosa en los gobiernos que mudar las cosas que como honoríficas introdujo la antigüedad, dándoles reputación, porque la novedad trae consigo el odio, y la mudanza de las cosas de muy antiguo observadas no puede pasar sin queja y malevolencia y sin peligro.

(...)

Pues el favor de las alcabalas consiste en conservarlas, pero no en ampliarlas a lo que con tantos fundamentos, razones y conveniencias ha estado libre e inmune de ellas»<sup>11</sup>.

Y junto al deseo de que los libros circulen a precios que permitan su acceso al mayor número de personas posible, empieza a difundirse la idea de crear espacios abiertos al público en cuyo interior quienes no dispongan de recursos, pero sí cuenten con la capacidad intelectual, puedan disfrutar del saber que atesoran los libros. Estos espacios –las bibliotecas– se organizan de acuerdo a normas precisas, pues de otro modo sólo serían un refugio para el caos. Ejemplos dignos de mención son la biblioteca Bodleiana –en honor a sir Thomas Bodley, su mecenas– de la universidad de Oxford, que abrió sus puertas en 1602 y cuyos estatutos pasan por ser de los primeros creados para regir una institución de este tipo. A su ejemplo otras bibliotecas van a surgir. Pero lo que nos interesa no es que su número fuera escaso, sus emplazamientos en lugares muy determinados (cortes, universidades), sino que diversos eruditos van a reflexionar sobre la mejor manera de organizar sus fondos. Proliferan las obras sobre esta temática, si bien nosotros vamos a centrarnos en un personaje singular que en España aún no ha recibido toda la atención que merece. Nos referimos al francés Gabriel Naudé. Aunque a la historia ha pasado como el bibliotecario de Richelieu y de Mazarine, haremos aquí hincapié en una obrita suya publicada en 1627 titulada *Advis pour dresser une bibliothèque*, y que por cierto espera desde hace casi cuatro siglos una traducción al castellano. Cuanto aquí expone podrá ponerlo en práctica años después gracias al mecenazgo de Mazarine. La biblioteca de Mazarine cobra vida en 1643 con más de 12.000 libros y 400 manuscritos. Su proyecto señala la

<sup>11</sup> VALENZUELA, *op. cit.*, h. 14 r.

apertura de la biblioteca un día a la semana –el jueves– de ocho a once de la mañana y de dos a cinco de la tarde. Su obra no es, no lo podía ser, un tratado biblioteconómico en sentido estricto, pues él es el padre de esta ciencia que entonces inicia su andadura con el primer tratado sobre el funcionamiento de las bibliotecas en la Edad Moderna, pero en la misma destila brillantes afirmaciones sobre la cultura que habita en los libros. Es decir, no es sólo un estudio sobre cómo organizar un conjunto de libros, sino sobre el libro en sí. Su biblioteca es la de un erudito, un sabio, y mostrará atención al edificio y su arquitectura y orientación, la decoración, las condiciones de ruido y de luminosidad, sin escatimar en gastos, procurando hacerse con las mejores obras, en las ediciones más sobresalientes, ni en prejuicios, pues incluso las que bordean o caen de lleno en la heterodoxia no deben estar ausentes, tanto porque no se puede rechazar sin conocer como porque un libro no puede desecharse por unos pasajes. Pretende que en ella se reúna el mayor número de volúmenes de los publicados, lo que todavía podía llevarse a cabo o al menos era factible. Señala que un conjunto de libros, por muy importante y valioso que sea, si no se halla dispuesto de acuerdo a un orden preciso no merece el nombre de biblioteca<sup>12</sup>. Por tanto, la labor de lograr esa organización interna confiere a la profesión de bibliotecario una dificultad que el común de la gente está lejos de concederle, pero que las personas de letras valoran sin tibieza<sup>13</sup>, pues debe saber distinguir las buenas impresiones de las malas sólo con

<sup>12</sup> Otro autor, años después, escribirá que para que se pueda establecer una biblioteca son necesarias tres cosas: «1. La cantidad de libros. 2. Su calidad. 3. El orden en el cual se les debe disponer». LE GALLOIS, Pierre, *Traité des plus belles Bibliothèques de l'Europe. Des premiers Livres qui ont été faits. De l'invention de l'Imprimerie. Des Imprimeurs. De plusieurs Livres qui ont été perdus & recouvez par les soins des Sçavans. Avec une Methode pour dresser une Bibliothèque. Par le Sieur Le Gallois*, A Paris, Chez Estienne Michallet, 1680, p. 175. Su sistema consiste en clasificar los libros en ocho clases, que detalla, además de citar a los autores que se incluirían en las mismas. No podemos pasar por alto sus palabras cuando escribe sobre la cuarta clase, dedicada a la teología: «Se puede colocar en esta misma clase los libros heréticos, como Lutero, Calvino, Melanchton, ..., y todos los otros que se puede ver en el catálogo de libros prohibidos del concilio de Trento. Se colocarán también, si se desea, los libros que conciernen a la magia, es decir, los libros que tratan de la cábala, de la teúrgia [invocar a los dioses o demonios para consultarles sobre la esencia divina, la naturaleza humana, la religión], del arte notorio, de la adivinación, a los que se añadirán los libros impíos y supersticiosos. Pero habrá que hacer de ellos un buen uso, es decir, leerlos sólo para detestarlos y para escribir en contra». *Op. cit.*, pp. 202-203. «Arte notorio. Medio supersticioso por el cual se promete la adquisición de las ciencias por medio de la infusión y sin trabajo, practicando algunos ayunos y ciertas ceremonias inventadas con este objeto». BERGIER, Nicolas-Sylvestre (1718-1790), *Diccionario enciclopédico de teología*, Madrid, Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela, 1831, Tomo I, p. 415.

<sup>13</sup> «El que está destinado para tener cuidado de las bibliotecas, manejarlas y franquear los libros a los curiosos que quieren y se les permite divertirse en ellas. Es empleo de mucha estimación y confianza, y que requiere mucha erudición y doctrina para obtenerle». *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua... Compuesto por la Real Academia Española. Tomo primero. Que contiene las letras A.B.*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726, p. 602.

observar el papel, los caracteres, la puntuación, etc. Es decir, el sistema confiere la categoría, por decirlo de manera gráfica, es el alma de la biblioteca igual que los libros son el cuerpo. ¿Y qué orden seguir? ¿Qué reglas debe cumplir? ¿Cuál es el mejor método? Para Naudé «el mejor es siempre el que es más fácil, el menos intrigado, el más natural, usado, y que sigue las facultades de teología, medicina, jurisprudencia, historia, filosofía, matemáticas, humanidades y otras, las cuales hay que subdividir cada una en particular siguiendo sus diversas partes»<sup>14</sup>. Algunos de sus consejos lamentablemente no son seguidos hoy, para desgracia de los investigadores, como el de no encuadernar los libros menudos con otros que no sean de la misma materia, prefiriendo antes dejarlos en su soledad que darles por compañeros a unos extraños que dificultarán su localización. Al igual que hizo Bury, Naudé reglamenta los préstamos, que en su caso son por dos o tres semanas como máximo, tras la pertinente fianza, tomándose nota en un cuaderno alfabético de qué se presta (ficha del libro), cuándo y a quién. Como si de una Torre de Babel se tratara, la soberbia del constructor será castigada, pues en el contexto de la Fronda, en 1651, el Parlamento de París encauza su odio hacia el cardenal centrándolo en la biblioteca, decretándose que sus fondos sean vendidos. Ahora bien, tampoco saquemos conclusiones inexactas, pues normalmente se olvida que Naudé no habla de bibliotecas para el común de los hombres, sino para la élite social y cultural<sup>15</sup>.

En España, por los mismos años que Naudé publica su *Advis*, contamos con una obrita que no queremos dejar pasar en silencio. En 1631 Francisco de Araoz da a la imprenta *De bene disponenda bibliotheca*. Le impulsó a tomar la pluma el observar que el número de libros que pululaba por el mundo era tal que era mayor el trabajo «de encontrar y conocer los libros ... que el de alcanzar la ciencia en ellos»<sup>16</sup>. Pretende buscar «razones de congruencia y utilidad»<sup>17</sup> para lograr ordenar los libros «de forma lógica»<sup>18</sup>, de modo que faciliten su consulta posterior. Profesionalmente Araoz era alguacil mayor de la Real Audiencia de Sevilla, lo que podría llamarnos la atención por los conocimientos de que da pruebas, pero él mismo nos da la clave al señalar que tuvo la oportunidad de conocer la biblioteca de Lorenzo Ramírez de Prado, sin lugar a dudas una de las más selectas de la primera mitad del XVII. No tiene la formación de Naudé, de modo que lo que propone no es más que una simple división de las

<sup>14</sup> NAUDÉ, Gabriel (1600-1653), *Advis pour dresser une bibliothéque*, Paris, Aux Amateurs de livres, 1990, pp. 131-132.

<sup>15</sup> Caso bien distinto será el de James Kirkwood (1650-1708) que propuso la creación de pequeñas bibliotecas en cada parroquia de Inglaterra.

<sup>16</sup> ARAOZ, Francisco de (1583-1658), *De bene disponenda bibliotheca*, presentación de Isabel FONSECA RUIZ, traducción de Lorenzo RUIZ HIDALGO, Madrid, Instituto de España - Biblioteca Nacional, 1992, p. 43.

<sup>17</sup> Ídem, p. 35.

<sup>18</sup> Ídem, p. 33.

obras en quince categorías, que por otro lado recuerdan más a una biblioteca medieval que a lo que los teóricos y estudiosos de las bibliotecas estaban proponiendo desde el XVI. Su clasificación va de abajo a arriba en complejidad en el orden científico. Notas originales de su pensamiento son su afirmación de que como su obra será de uso frecuente durante la constitución de la biblioteca «conviene que sea un volumen muy breve, para poder tenerlo fácilmente a mano y pueda circular por todas partes con facilidad, mientras se trabaja en su creación»<sup>19</sup>; su petición de que las novelas –«libros ridículos», entre los que incluye las producciones de Cervantes y su *Quijote*– «debe ser evitada su lectura e incluso deben ser quitados de la vista»<sup>20</sup>; su defensa de que las comedias sean expurgadas, el número de compañías reducido –una por ciudad– y menos los días de representación; y su deseo de «desterrar de las bibliotecas, como inadecuada, aquella división de los libros que con frecuencia subsiste bajo la etiqueta de *Varios Autores*»<sup>21</sup>, lo que no puede ser más inútil para el lector ni hacer más farragosa su búsqueda. *De bene*, además de un sistema de clasificación, es un testimonio de los libros que podrían conformar una biblioteca tipo de la época, pues cita en cada categoría los libros que la integrarían.

Poco más de un siglo después, en diciembre de 1743, otro nombre que deseamos traer a primer plano va a llevar a cabo una reflexión mucho más profunda en la misma línea de cómo organizar una biblioteca, término este último que tiene ya en el XVIII un marcado significado de espacio destinado al «beneficio público»<sup>22</sup>. Esto es lo que persiguen las «Reflexiones literarias» de Fray Martín Sarmiento<sup>23</sup>. En forma de carta dirigida a Juan Iriarte, desarrolla su pensamiento sobre una Biblioteca Real capaz para 280000 libros, una cifra fabulosa para la España del momento. Claro que Sarmiento plantea un proyecto de futuro, una institución que ha de perdurar largos siglos y que como tal irá acumulando cuantiosos fondos. Esta idea previsoras salta a la vista que es otra que los actuales «constructores» de bibliotecas no tienen presente, colmatándose en corto plazo los espacios previstos. Sarmiento nos da incluso el diseño de ese edificio que tendría forma de rectángulo, con cuatro claustros interiores, un crucero y un pequeño cuadrado en cada una de las esquinas. La forma que plantea es

<sup>19</sup> Ídem, p. 41.

<sup>20</sup> Ídem, p. 54.

<sup>21</sup> Ídem, p. 101.

<sup>22</sup> «Nombre griego que en su riguroso sentido significa el paraje donde se venden libros, pero aunque en nuestra lengua se suele entender así alguna vez, más comúnmente se toma por la librería que junta algún hombre grande y erudito, y por las que hay en las comunidades religiosas, y principalmente por las que son comunes para el beneficio público, de que hay varias en Europa y la tiene el Rey nuestro señor en su Real Palacio». *Diccionario...*, 1726, p. 602.

<sup>23</sup> SARMIENTO, Martín (O.S.B., 1695-1772), «Reflexiones literarias para una Biblioteca Real, y para otras bibliotecas públicas, hechas por el R. P. Mtro. F. ..., Benedictino, en el mes de Diciembre del año de 1743», en *Semanario Erudito*, 21 (1789), pp. 99-273.

muy interesante y no baladí. En la época los libros sólo se colocaban en los perímetros, es decir, en las paredes, de modo que había que encontrar la figura que permitiera contar con una mayor superficie para ubicar los libros. La menos indicada era la circular u oval, y la preferida la de cualquier paralelogramo, con dos lados mayores y otros dos menores con la suficiente amplitud para una mesa, dos sillas y que permitiera el tránsito. Los teóricos priman pues el perímetro sobre el área y el volumen. Los claustros, el crucero —con su preceptiva linterna— y las ventanas permiten la entrada de luz natural. En cuanto a la organización de los fondos se inclina porque se coloquen en los estantes —que son un total de diez en altura— por su formato, desde los más reducidos (16°, 24° y 32°) en el superior hasta los de grandes dimensiones (folio imperial) en el estante inferior. Evidentemente, cada estante debe tener una anchura en función de los libros que va a acoger, añadiendo un poco más —un dedo y medio— para que al mismo tiempo que se facilita el sacarlos se reduzca la posibilidad de introducirse polvo. La distribución se haría en base a las materias de teología, jurisprudencia, artes, ciencias e historia. En los cuatro claustros se colocarían, respectivamente, los manuscritos, los libros prohibidos, las ediciones primitivas o raras y los objetos curiosos, como las monedas. El proyecto de Sarmiento era todavía más ambicioso, pues en el edificio no sólo se debía albergar los frutos de la escritura, ya que sería una especie de templo del conocimiento, donde encontrarían espacio en sus fachadas todas las personas dedicadas al cultivo de las letras, y además se ubicaría una imprenta real distribuida a razón de tres impresores por fachada, cada uno con tres prensas, acompañados de encuadernadores y libreros. Sería un emporio dedicado al libro desde la fase de invención al último eslabón de la cadena, cuando se pone a la venta el impreso. Por si todo esto fuera poco, aún sugiere emplazar en los cuadrados de las esquinas un observatorio astronómico, la Real Academia de la Lengua, la Real Academia de la Historia y la Real Academia de Medicina. Ha dado forma al Palacio de la Sabiduría. Sarmiento no es un utópico, de manera que él mismo enuncia los obstáculos de este proyecto: dinero, encontrar el terreno ideal y el fuego (humano o celeste). E incluso declara sin ambages que sabe que todo esto es una «pura idea»<sup>24</sup>. Lo que pretende con su proyecto es activar la República de las Letras, su comercio, en España, a lo que él cree que un establecimiento de este tipo contribuiría muy especialmente, como lo hizo la apertura de la Real Biblioteca unos años antes. Argumentos que nos suenan reaparecen:

«No está la literatura en España en tanto auge, ni la afición a leer, comprar y componer libros tan universalmente radicada, que permitan se cargue tributo sobre lo que siempre ha sido libre. Digo libre en cuanto ya libro, pues en cuanto a las partes que le componen tan sujetas están ya a los tributos como otro cualquier género venal»<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Ídem, p. 125.

<sup>25</sup> Ídem, p. 135.



Muchos libros en España terminan sirviendo de envoltorio a pasteles y especias, malvendiéndose como papel lo que se pagó a buen precio como libro en la imprenta. Para incentivar la creación y la lectura, sugiere que los libros sean entregados gratis, o al menos arbitrar una manera de venderlos al menor precio posible. Instalar bibliotecas públicas en las principales poblaciones –con no más de dos docenas de autores españoles– significaría invertir en el futuro de las letras, pues se permitiría el acceso al libro a quienes quizá no disponen de recursos o lo consideran un gasto superfluo, incentivarían la lectura, incrementarían las luces del pueblo, y contribuirían a crear un cuerpo de lectores-compradores y de futuros autores. Las colecciones deben tener presente el lugar en que se haya la población. Por ejemplo, las villas marineras contarán con obras de náutica, hidrografía, etc. En la misma línea planea unos seminarios o colegios que, del mismo modo que las bibliotecas, enlacen con su enclave geográfico. Así, donde hubiera astilleros se enseñaría a los niños la fabricación de navíos, la fundición de cañones, la elaboración de los aparejos de los buques, etc.<sup>26</sup> Poco avanzará España si lo único que tienen todas sus poblaciones, incluso las más pequeñas, son plazas de toros, teatros y casas de juego. Una medida que propone, y que como el resto quedó en papel mojado, sería hoy día de inmenso valor para los historiadores del libro y de la cultura:

«Propongo, pues, que salga un Decreto Real, obligando a cualquier autor que haya de dar a luz e imprimir un libro para que, o al principio de la obra o en el medio o en el fin de ella, ponga una llana o una hoja en la cual noticie al público quién es, de dónde, qué estado y profesión tiene, qué empleo posee, qué edad tiene, cuándo nació y en qué parroquia está bautizado, qué padres tiene o ha tenido, si tiene o ha tenido hijos, etc., y cuántas y cuáles obras ha impreso ya cuando imprime aquel libro»<sup>27</sup>.

El XVIII ve triunfar un género de libros muy en la línea con la pretensión de saber enciclopédico –recordemos que es el siglo de la *Encyclopédie* de Diderot y D’Alembert–, universal, que son los diccionarios. Los habrá sobre casi cualquier materia que se nos ocurra. Además era un lugar común que este tipo de ejemplares debían poseerse en propiedad, contar con los mismos en la librería privada<sup>28</sup>, no pudien-

<sup>26</sup> Ídem, p. 272.

<sup>27</sup> Ídem, pp. 262-263.

<sup>28</sup> Valga la redundancia, pues librería se define como sigue: «Se llama asimismo la biblioteca que, privadamente y para su uso, tienen las religiones, colegios, profesores de las ciencias y personas eruditas». *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua...* Compuesto por la Real Academia Española. Tomo cuarto. *Que contiene las letras G.H.I.J.K.L.M.N.*, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro, 1734, p. 400.



do recurrir al préstamo, pues son de uso diario y perpetuo. Estas obras serán objeto de acerbas críticas, pues son contempladas como instrumentos para querer aparentar una sabiduría que era de cartón piedra:

«¿Pero cuál ha sido el efecto de este mal gusto? El que nuestro siglo haya venido a ser el siglo de los sabihondos y de los hombres superficiales, que creen que todo lo saben, al paso que todo lo ignoran. Con estos diccionarios, dicen, se pone uno en estado de hablar de todo»<sup>29</sup>.

«Tienen todas las ciencias en el día reducidas a simples diccionarios, y ver ahí el medio más llano y menos molesto de formarse en poco tiempo literatos a millares. Pero, ¿qué literatos?»<sup>30</sup>

Aunque si hay que tratar de los diccionarios hay que mencionar la *Table alphabetique des dictionnaires* de Durey de Noinville<sup>31</sup>, que ofrece un diccionario de diccionarios «en todas las lenguas y sobre todo tipo de ciencias y de artes». Esto no obvia que Durey refleje los peligros que conllevan, dada su universalización: «No existe en efecto biblioteca donde no ocupen un lugar considerable. ¿De cuántos particulares ellos son incluso, por así decirlo, su única biblioteca?»<sup>32</sup>. Ahora bien, el problema no son ellos, sino su mal empleo, el actuar como un lector superficial, en vez de acercarse a los diccionarios como antesala para profundizar en las fuentes que se citan. Pero en un siglo como el XVIII donde se aspira a brillar en sociedad, quizá se pedía demasiado al conjunto de lectores, que lo que más estimaban de ellos era la facilidad para acceder sin pena ni esfuerzo a los más variados saberes, por un camino bien definido y de manera rápida. El mayor peligro radica en que el lector se limite a

<sup>29</sup> JAMIN, Nicolas (O.S.B., 1711-1782), *Verdadero Antidoto contra los malos libros de estos tiempos: ó Tratado de la Lectura Christiana; en el que no solo se propone el método que se debe observar en la lectura de los buenos libros, á fin de sacar utilidad de ellos, sino que al mismo tiempo se descubre el veneno que ocultan muchos de los Modernos, manifestando los artificios con que procuran con aparentes razones difundir sus errores, y atraer á las gentes sencillas á diversos vicios y disoluciones. Escrito en frances Por el P. D. ..., Monge Benedictino de la Congregacion de S. Mauro. Y traducido al castellano Por Don Gabríel Quijano, Presbítero. O.S.B., Madrid, Por Don Miguél Escribano, 1784, p. 38.*

<sup>30</sup> TURCHI, Domenico Carlo Maria (en religión Adeodato, Obispo de Parma, 1724-1803), *Sobre la Lectura de los Libros Prohibidos. Homilia del Ilmo. y Rmo. Monseñor Adeodato Turchi, Prelado doméstico asistente al Sacro Solio Pontificio, y Obispo de Parma, recitada en el dia de Pentecostés del año de 1791. Traducida del italiano al idioma español por el P. Miguel de Herrezuelo, de los Clérigos Menores, Lector dos veces Jubilado, y Doctor de la Universidad de Granada, Malaga, Por D. Luis de Carreras, 1796, pp. 8-9.*

<sup>31</sup> DUREY DE NOINVILLE, Jacques-Bernard (1683-1768), *Table alphabetique des dictionnaires, En toutes sortes de Langues & sur toutes sortes de Sciences & d'Arts*, A Paris, Chez Hug. Chaubert - Chez Herissant, 1758, IV-[2]-90 p. 18 cm.

<sup>32</sup> Ídem, p. 3.

ellos sin ir más lejos, o que no contraste con otras obras lo que allí lee. Un diccionario es una guía, «el índice de un libro»<sup>33</sup>, pero no es el libro mismo.

No hay instancia que no aborde el tema del libro y sus efectos. Y no sólo es la Iglesia la que va a poner el acento en sus peligros, especialmente cuando se trata de «pastos venenosos», sino que la propia ciencia médica abre un debate sobre las consecuencias que puede tener para la salud el trabajo de los hombres de letras. Así, se da a la imprenta el *Aviso a los literatos* del renombrado médico suizo Tissot<sup>34</sup>—que cuenta con dos traducciones al castellano—, que, ¿quién lo iba a decir?, encuentra una respuesta en la Península Ibérica con el *Contraviso a los literatos de España* de otro facultativo, José Miguel Royo<sup>35</sup>.

A grandes pensadores del XVIII les preocupará sobremanera la cuestión del libro. Entre ellos, y en el ámbito alemán, destacan especialmente Kant y Fichte. En el XVIII la marea de obras de carácter religioso empieza a retroceder ante los libros didácticos, los diccionarios, y obras que se editan en pequeño formato—in 8º—, nuestros actuales libros de bolsillo. Estas nuevas temáticas y diseños hacen que el libro sea un objeto de más fácil acceso para un público antes muy reducido, y en consecuencia el negocio se incrementa. Ante esto no tardarán en aparecer las «contrefaçons», las falsificaciones, las ediciones piratas que se hacen sin las preceptivas licencias—el impresor obtenía el privilegio de que durante una serie de años, normalmente diez, la obra que él daba a luz nadie la pudiera publicar—, imitando en todo el original—a veces incluso el pie de imprenta—, que suponían una competencia desleal, pues un

<sup>33</sup> Ídem, p. 22.

<sup>34</sup> TISSOT, Samuel Auguste André David (1728-1797), *Aviso a los Literatos, y a las personas de vida sedentaria, sobre su salud. Su autor el Dr. Tissot, Profesor de Medicina, de la Sociedad Real de Londres, de la Academia Medico-Phisica de Basle, y de la Sociedad Economica de Berna, &c. Traducido de el frances al español por el Dr. D. Alexandro Ortiz y Marquez, Profesor de Medicina, Bachiller de Cirugia, Academico de la Real Academia Medica de Madrid, Individuo de el Real Colegio de S. Cosme, y S. Damian, y de el Gremio, y Claustro de la Universidad de Zaragoza, En Zaragoza, Por Francisco Moreno, 1771, 6 hs.-160 p. 15 cm.*; Ídem, *Aviso á los Literatos, y Poderosos acerca de su Salud, ó Tratados de las Enfermedades mas comunes á esta clase de personas. Con varias Observaciones sobre el Cólico plumbeo ó metálico, el Vómito negro, y otros diferentes objetos de Medicina. Por Mr. Tissot, Doctor y Catedrático de Medicina en Berna, &c. &c. Obra traducida del Francés Por D. Felix Galisteo y Xiorro, Profesor de Cirugía en esta Corte, En Madrid, En la Imprenta de Benito Cano, 1786, [4]-432 p. 21 cm.*

<sup>35</sup> ROYO, José Miguel (Catedrático de Medicina de Zaragoza), *Contr-Aviso a los Literatos de España, por el Dr. D. ..., Medico Colegial del de San Cosme, y San Damian de la Ciudad de Zaragoza, y de su Hospital Real, y General, y Cathedratico perpetuo de Medicina. Sobre el Aviso de Mr. Tissot a los Literatos: Traducido del Frances al Español por el Dr. D. Alexandro Ortiz, Colegial Medico del mismo, En Zaragoza, en la Imprenta del Rey nuestro Señor, 1772, [8]-106-[1] p. 15 cm.*

editor –palabra que se incluye en el diccionario en 1791<sup>36</sup>– que nada había pagado por el texto lanzaba al mercado el mismo título, y a un precio inferior pues su coste de edición había sido mucho más reducido. Evidentemente, esta es una prueba de la existencia de un mercado del libro que puede ofrecer pingües beneficios, pues de otro modo nadie se arriesgaría a una aventura ilegal. En el menor de los casos causa un daño económico al editor legítimo, pero incluso puede hacerlo al autor –a su prestigio–, que no ha supervisado lo que allí aparece y que se publica bajo su nombre. Tanto Kant como Fichte van a analizar esta problemática, introduciendo la modernidad, pues frente al antiguo privilegio ellos hablan de los derechos del autor. El creador, el literato, el que expresa con palabras su pensamiento y deja constancia del mismo sobre el papel, sigue siendo su propietario, a pesar de que corra impreso<sup>37</sup>. Cuando alguien compra un libro, pasa a poseer ese objeto<sup>38</sup>, pero no tiene la propiedad de cuanto en él se expone, ni puede reproducirlo, pues no cuenta con la autorización ni del editor ni del autor (que se la entregó al editor). Kant establece dos partes en el libro, la que denomina corporal, es decir, el papel impreso, y la espiritual, que a su vez se bifurca en material –el contenido– y la forma –las palabras, los giros, la expresión–. El que adquiere un libro se hace propietario de la primera. Ahora bien, en cuanto a la dimensión espiritual del libro hay que ser muy claros. El lector puede llegar a apropiarse del contenido, de las ideas, siempre y cuando reflexione, comprenda y asimile lo que lee, pero lo que nunca será suyo es la materialidad de la expresión, que permanece bajo el dominio del autor<sup>39</sup>.

En el siglo XVIII Francia marca la hora de Europa, y su capital, París, es el paraíso del libro, como lo había sido en tiempos de Bury<sup>40</sup>. Se escribe, se publica, se vende, se exporta, se lee, el fermento de las ideas que pondrán fin al Antiguo Régimen. Pero lo que a nosotros nos interesa ahora no son tanto las ideas que se difunden

<sup>36</sup> «El que saca a luz o publica alguna obra ajena y cuida de su impresión». *Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso. Tercera edición, en la qual se han colocado en los lugares correspondientes todas las voces de los suplementos, que se pusieron al fin de las ediciones de los años de 1780 y 1783, y se han intercalado en las letras D.E. y F. nuevos artículos, de los cuales se dará un suplemento separado*, Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra, 1791, p. 351.

<sup>37</sup> KANT, Immanuel (1724-1804), *De l'illégitimité de la reproduction des livres*, 1785, en *Qu'est-ce qu'un livre?...*, p. 119.

<sup>38</sup> Y esto le otorga el poder de opinar lo que estime oportuno: «pues compra Vm. con su dinero el permiso para decir de este papel, y más que vayan en pos de él cuanto guste». RUBÍN DE CELIS, Manuel, *Cartas, observaciones y disertaciones sobre algunas bagatelas y parvuleces que se han impreso en Madrid de tres años á esta parte. Carta I. Que tiene el gusto de dár á luz Don Santos Manuel Pariente y Celis*, Madrid, En la Imprenta de Don Josef Doblado, 1783, p. 19.

<sup>39</sup> FICHTE, Johann Gottlieb (1762-1814), *Preuve de l'illégitimité de la reproduction des livres, un raisonnement et une parabole*, 1791, en *Qu'est-ce qu'un livre?...*, pp. 142-145.

<sup>40</sup> «¡Cuántas veces, de estancia en París, pudimos visitar el paraíso del mundo!» BURY, *op. cit.*, p. 61.

como la pólvora por la Europa de las Luces, sino cómo es percibida esta eclosión, esta fiebre de producción y de adquisición de libros. Sobre esta cuestión ya hemos escrito en otro lugar<sup>41</sup>, de modo que no nos extenderemos más de lo estrictamente preciso. Simplemente recordar cómo en el XVIII el vocablo bibliomanía va a aparecer en el encabezado de libros<sup>42</sup>, pues la pasión por el libro ha derivado en que algunos, obvia decir que todos ellos con gran poder adquisitivo, hagan de este objeto el mismo aprecio que si de un cuadro o una moneda antigua se tratara, es decir, algo que se acumula por el simple hecho de vestir de erudición una habitación, como quien la decora con tapices o retratos. Sin embargo, esta manera de actuar es una violación, una tergiversación de aquello para lo que el libro ha salido al encuentro de su comprador, que él creía lector. Atesorar, acumular, almacenar, nada de esto son fines loables para las creaciones del espíritu. Ahora bien, al fin y al cabo esta enfermedad sólo acarrea, en el peor de los casos, problemas económicos, pues se buscarán siempre títulos que destaquen por la riqueza de su encuadernación, la brillantez de sus lomos, etc. Pero quienes están encargados de velar por la salud del alma del lector temían mucho más otro efecto del libro. Este acontece cuando el lector lee sin discernimiento alguno de lo que debe y lo que no, de lo que está preparado para digerir y de lo que le envenenará. Dejando de lado los libros prohibidos, que por esto mismo eran más requeridos y deseados, incluso entre las obras que circulan legalmente hay que prestar la máxima atención. Pues con esta finalidad, para servir de guía de lectores y hasta de autores, hombres de Iglesia predicán, escriben y publican lo que debía ser el vademécum del perfecto lector cristiano. Estos títulos son un testimonio del papel que el libro está cobrando, de la importancia que el Estado y la Iglesia le confieren como arma o garantía de su subsistencia y de su control del pensamiento. Sin embargo, son un canto de cisne, y quizá sólo nosotros les concedemos la importancia que se merecen desde la perspectiva histórica, pues si siglos de publicación del *Index*, es decir de la prohibición coactiva y con penas, no impidieron que se leyera lo que no se debía o se recomendaba hacer con cautela, a la altura del siglo XVIII en que nos encontramos estos «manuales» de lectura venían a ser un desesperado intento por apagar un volcán implorando la lluvia, que por otra parte ni llegó ni tampoco hubiera detenido la erupción.

<sup>41</sup> GARCÍA HURTADO, Manuel-Reyes, «Enfermedades de la lectura en el siglo XVIII», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (dir.) - SIERRA BLAS, Verónica (ed.), *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América Latina (Del siglo XVI a nuestros días)*, Gijón, Trea, 2007, pp. 407-432.

<sup>42</sup> REITZ, Johan Frederik (1695-1778), *Joan. Fred. Reitzii Oratio de Bibliomania, habita a. d. VII. Id. Septembr. MDCCXXXIX. quum ornatissimi adolescentes Carolus Richard ac Theodorus van Romondt ad Academiam dimittendi pro venatione, & in venationem pro concione essent dicturi*, Traiecti ad Rhenum (Utrecht), Apud Alexandrum van Megen, Academiae Typographum, 1739, II-24 p. in-4°; BOLLIOD DE MERMET, Louis (1709-1796), *De la Bibliomanie*, A La Haie, s.i., 1765, 112 p. in-8°. Otras ediciones: A La Haye, 1761, 72 p. in-8°; A La Haye, 1761, 81 p. in-8°; A La Haie, 1761, 112 p. in-8°.

Como consecuencia del triunfo del libro, empiezan a tener sentido las obras que además de aconsejar cómo organizar una biblioteca enumeran los títulos que debe incluir. Ya en el XVII en España se había culpabilizado al lector de todos los males que acontecían en el universo libro, pues él crea, mantiene e incrementa la demanda, que se surte de obras de pésima calidad, ya que a autor e impresor sólo les interesa la ganancia comercial<sup>43</sup>. Por tanto, hay que incidir sobre quien actúa como catalizador. Para combatir la inundación de volúmenes se recomendará una relación de obras que sumen alrededor de quinientos o seiscientos títulos, evitando acumular impresos que nunca se tendrá posibilidad temporal de leer y que puede que no nos aporten nada. Sólo en este sentido y contexto se comprende y explica una obra como la de Bruzen de la Martinière<sup>44</sup>. Este autor establece una división en doce apartados<sup>45</sup>, señalando los títulos que aconseja en cada uno de ellos. Como curiosidad, vemos aparecer en la clasificación las publicaciones periódicas. Otro personaje que hay que traer a colación será Nicolas Jamin, que con su *Verdadero antidoto contra los malos libros de estos tiempos* –más claro no puede ser el título– propone el método y los libros que deben atraer el interés de los cristianos<sup>46</sup>. Para Jamin una biblioteca se compone de tres clases de libros: «La primera y la mejor es de aquellos que enseñan a bien pensar y bien decir. La segunda de aquellos que sólo enseñan a bien pensar. Y la tercera, en fin, de aquellos que enseñan a bien decir, pero no a bien pensar»<sup>47</sup>. Es a la primera tipología a la que hay que otorgar la primacía. Ya que se está extendiendo y haciendo más amplio el número de personas que se inclinan a la lectura, se ve llegado el momento de detallar cómo y con qué se debe formar la biblioteca personal. Una modalidad paralela a la de cómo constituir una biblioteca –en la que en el tránsito del

<sup>43</sup> SAAVEDRA FAJARDO, Diego (1584-1648), «Discurso Curioso, Agudo y Erudito acerca de la multitud de libros que cada día se publican; y Juicio de los Autores en todas Facultades, así modernos como antiguos: Escribióle en meditacion retirada, nacida de la continua lición y estudio de todo género de Escritores, N. de N. Secretario de S. M.», en *Gabinete de lectura española, ó Coleccion de muchos papeles curiosos de Escritores antiguos y modernos de la Nacion. Contiene noticias para ayudar á formar el juicio sobre las obras de las Artes, las costumbres de diferentes pueblos y edades, sobre muchos puntos de la Historia Nacional, y otros de varia erudicion por medio de la simple lectura*, Madrid, Imprenta de Sancha, VI (1793), pp. 2-3.

<sup>44</sup> BRUZEN DE LA MARTINIÈRE, Antoine-Augustin (1662-1746), *Conseils pour former une bibliothèque choisie suivis de l'introduction générale à l'étude des Sciences et Belles Lettres, par La Martinière*, Berlin, Haude et Spener, 1766, 1 vol. in-12°. Hay una edición de Genève, Slatkine Reprints, 1971.

<sup>45</sup> Escritura Santa, teología, historia eclesiástica; filosofía; bellas letras; periódicos; historia; novelas; poesía; elocuencia; moral y gusto; ciencias militares y matemáticas; geografía y viajes; jurisprudencia y medicina.

<sup>46</sup> JAMIN, *op. cit.*, LXXIV-334 p. 14'5 cm.

<sup>47</sup> Ídem, pp. 44-45.

XVIII al XIX todavía podemos citar algún título remarcable<sup>48</sup>— para navegar en el proceloso océano de los impresos, será la de citar en qué libros instruirse para alcanzar el éxito o el brillo en la República de las Letras. Títulos dignos de mención son la *Carta dirigida a un amigo* de Juan Manuel de Haedo<sup>49</sup>, la divertida e irónica *Carta de Paracuellos*<sup>50</sup>, el serio y exhaustivo *Kempis de los literatos*<sup>51</sup>—otro enunciado bien expresivo— o, ya fuera de España, la *Biblioepa* de Denina<sup>52</sup>.

Los libros sobre libros<sup>53</sup> son una puerta que debemos conocer y franquear para intentar aprehender qué lecturas se proponían, qué opinión merecían autores y obras, qué silencios y áreas oscuras detectamos—lo que denominaremos la «no biblioteca»—, qué valores se postulaban, etc. Es difícil averiguar y determinar cómo un lector del pasado se acercaba a una obra, cómo la leía, pero muy fácil llegar a conocer cómo se le decía qué debía leer, qué obras y autores, qué precauciones debía tener, qué peligros debía evitar, en suma, conocer perfectamente la «biblioteca ficción».

Concluimos este repaso por algunos hitos y nombres que permanecen fuertemente vinculados con la historia del libro con la presentación de una voz anónima que se halla en el fondo de manuscritos de la Biblioteca Capitular y Colombina en

<sup>48</sup> DES ESSARTS, Nicolas-Toussaint Le Moyne (1744-1810), *Nouveau Dictionnaire Bibliographique Portatif, précédé de Conseils pour former une Bibliothèque peu nombreuse, mais choisie, dans tous les genres; augmenté de quatre Catalogues séparés servant à indiquer les principaux Livres qui doivent composer la Bibliothèque d'un Homme d'État; d'un Magistrat; d'un Militaire, et des Ministres des Cultes. Seconde Édition, par...*, A Paris, Chez Desessarts, Libraire, rue du Théâtre Français, N.º 9, près la place de l'Odéon, Año XII (1804, 1ª ed. en Año VIII, 1799), XVI-430 p. in-8º.

<sup>49</sup> HAEDO Y ESPINA, Juan Manuel de, *Carta dirigida a un Amigo, en que se le dá razon de las Facultades, y Libros de que debe instruirse, no solo un Poeta, sino qualquiera que aspire á una Erudicion Universal. Su Autor Don...*, Madrid, Antonio Muñoz del Valle, 1769, 149 p.-1 h. 16 cm. Otra edición en Madrid, Pantaleón Aznar, 1784, 140 p. 15 cm.

<sup>50</sup> SÁNCHEZ, Tomás Antonio (1723-1802), *Carta de Paracuellos escrita por D. Fernando Perez a un sobrino que se hallaba en peligro de ser autor de un libro. Publicala con notas un bachiller en Artes*, Madrid, Por la Viuda de Ibarra, calle de la Gorguera, 1789, [2]-VIII-129-[1] p. in-8º.

<sup>51</sup> VILLANUEVA Y ESTENGO, Joaquín Lorenzo de (Presbítero, Capellán Real, Predicador de S. M., Catedrático en Salamanca y Doctoral de la Encarnación de Madrid, 1757-1837), *El Kempis de los Literatos, por D. .... Capellán de honor y Predicador de S. M. y Penitenciario de su Real Capilla*, Madrid, en la Imprenta Real, 1807, XVI-278 p. 21 cm. Advierte del equilibrio que debe reinar entre escritura y lectura: «No te entregues con tanto exceso a componer libros que pierdas la afición a la buena lectura». P. 170.

<sup>52</sup> DENINA, Carlo Giovanni Maria (1731-1813), *Biblioepa o sia L'arte di compor libri di ... professore d'eloquenza e di lingua greca nella regia Università di Torino*, Torino, Appresso i fratelli Reyconds, 1776, XVIII-[2]-300-[2] p. in-8º. Segunda edición en Milano, per Giovanni Silvestri, 1827.

<sup>53</sup> SEMPERE Y GUARINOS, Juan (1754-1830), *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III, por D. ....*, Madrid, Imprenta real, 1785-1789, 6 tomos en 3 vol. in-8º. Existe edición facsímil de Madrid, Gredos, 1969 y de Valladolid, Consejería de Educación y Cultura, 1997.

Sevilla<sup>54</sup>. El texto que ofrecemos a continuación, y que hemos transcrito, editado y anotado, es una suerte de guía de lecturas, como otras de las que hemos hablado que tuvieron el premio de la imprenta y más fortuna en su momento y en la posteridad. Como se declara al comienzo, pretende «señalar los mejores libros españoles, o traducidos al español, que tenemos en todas materias»<sup>55</sup>. Se centra en la religión (5 capítulos) y al final (capítulo 6) trata del derecho civil.

#### APUNTES QUE HACIA UN AMANTE DE LA NACION ESPAÑOLA PARA LA FORMACION DE UN LIBRO, QUE PODRA INTITULARSE, TRATADO DE ESTUDIOS ESPAÑOLES

Esta es una pequeña obra, y son muchos los designios que me he propuesto en ella.

El principal de todos es el que ella misma presenta, y es señalar los mejores libros españoles, o traducidos al español, que tenemos en todas materias.

La experiencia de muchos años me ha hecho ver constantemente que la mayor parte de los hombres que desean instruirse o que tienen tal cual afición a los libros por lo común leen otros que los que la casualidad les presenta, ya sea porque los heredaron de su padre, ya porque los compraron a influjo de algún hombre poco instruido, o ya porque los pidieron prestados a algún amigo. Si estos libros fueron malos, como frecuentemente sucede, ya aquellos hombres se llenaron de especies erradas o trastocadas, de donde nacen las falsas ideas que forman sobre las cosas y el apego arraigado que tienen a aquellas primeras impresiones.

A la verdad si nos paramos un poco en el infinito número de libros malos e inútiles que en tiempos infelices se han publicado en nuestra lengua, nos debemos considerar como cercados de un terrible escuadrón de enemigos que asestan contra nuestra alma, contra nuestros intereses, o a lo menos contra nuestro entendimiento a quien corresponden desgraciadamente.

Esa infinidad de sermonarios destructores de la palabra de Dios; esa multitud de moralistas peores que paganos; tantos volúmenes de comedias y novelas, cuyos menores defectos son la impropiedad e inverosímil, porque tienen otros muy grandes contra las buenas costumbres; ese millón de devocionarios para lograr el cielo a poca costa estribando en meras prácticas exteriores; esa gran copia de revelaciones que no hacen otra cosa que cargar la memoria de cuentos, dejando al corazón vacío y al entendimiento lleno de preocupaciones. Todos estos libros, vuelvo a decir, son corrientes, y a cada paso caen en manos de gente incauta que desea leer, y lee lo primero que encuentra.

<sup>54</sup> *Apuntes que hacia un amante de la Nacion Española para la formacion de un Libro, que podra intitularse, tratado de Estudios Españoles*, (finales del XVIII), [93] p. [Manuscrito, Sevilla, Biblioteca Capitular y Colombina, 60-1-19 (7)]

<sup>55</sup> Ídem, h. [1] r.



Es pues indispensable en caso que leamos buscar buenos libros que leer: este debe ser uno de los primeros cuidados de los maestros, de los consultores y de los padres de familia. ¿Y cómo los buscarán si ignoran si los / hay, ni tienen a quién preguntar? ¿Y si preguntan con deseo de saber y se encuentran con un hombre que los engaña? Esto último es demasiado común y ojalá no hubiera tantos maestros cuyas noticias no fueran más perjudiciales que la misma ignorancia de sus discípulos.

Hay varias clases de personas en el estado, y todas deben tener alguna instrucción. Las mujeres componen la mitad de los habitantes. Tienen un influjo inmediato sobre la educación de sus hijos<sup>56</sup>; muy rara será la que sepa latín, ni haya estudiado la historia literaria, con que sin duda les importa mucho saber los libros que han de leer, tanto para imbuirse de buenos principios, como para no malgastar el tiempo en libros largos y sin provecho. Una mujer, por ejemplo, que haya leído el catecismo de Montpellier<sup>57</sup>, el discurso del señor Bossuet a Madame Beaumont, y un pequeño compendio de la historia de España<sup>58</sup>, ya tiene muchos conocimientos y es capaz de instruir bien a sus hijos, suponiéndole todas las demás cualidades de una buena madre. Pero si esta misma mujer, aunque de buen natural, ha leído solamente a la Madre Ágreda<sup>59</sup>, *Año Virgíneo*<sup>60</sup> y *Luz de la Fe y de la Ley*<sup>61</sup>, con estos solos queda más cargada su memoria y más vacío su entendimiento y menos especies ordenadas que si

<sup>56</sup> Ver GARCÍA HURTADO, Manuel-Reyes, «Cuando los libros fueron el arma de los extranjeros. Influencia de Francia en la vida cotidiana española del siglo XVIII», en VILLAR GARCÍA, M<sup>a</sup> Begoña - PEZZI CRISTÓBAL, Pilar (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, Málaga, 2003, Tomo II, pp. 263-266.

<sup>57</sup> COLBERT DE CROISSY, Charles-Joachim (Obispo de Montpellier, 1667-1738), *Catéchisme... de Montpellier*, Paris, s.i., 1702, 3 vol. in-12<sup>o</sup>.

<sup>58</sup> Por ejemplo, el del Padre Duchesne (Jean-Baptiste Philippoteau DUCHESNE -S.J.-, *Abbrégé de l'histoire d'Espagne*, Paris, Chaubert, 1741, XVI-420 p. in-8<sup>o</sup> y mapa) o su traducción por el Padre Isla: ISLA, José Francisco de (S.J., 1703-1781), *Compendio de la Historia de España. Escrito en francés por el R. P. Duchesne ...*, Amberes, Hermanos Cramer, (1754), 2 vol. 15 cm.

<sup>59</sup> Sor María Jesús de Ágreda (O.F.M., 1602-1665), llamada en el mundo María Coronel y Arana. Su obra más conocida es *Mística Ciudad de Dios*, publicada de manera póstuma. Mantuvo una relación epistolar con Felipe IV.

<sup>60</sup> DOLZ DEL CASTELLAR, Esteban (1653-ca.1726), *Año Virgíneo cujos días son finezas de la gran Reyna del cielo, María Santissima... sucedidas aquel mismo día en que se refieren añadense à estas, trecientos [sic] y sesenta y seys exemplos, con otras tantas exortaciones, oraciones... autor el doctor... primera parte...*, En Valencia, por Vicente Cabrera, acosta de Francisco Agrait Mercader..., 1686, [26]-392 p. in-4<sup>o</sup>. *Segunda parte*, En Valencia, por Vicente Cabrera, acosta de Francisco Agrait Mercader..., 1687, [12]-400 p. in-4<sup>o</sup>. *Tercera parte*, En Valencia, por Vicente Cabrera, acosta de Francisco Agrait..., 1687, [12]-446 p. in-4<sup>o</sup>. *Cuarta parte*, En Valencia, por Vicente Cabrera, impresor y librero..., 1688, [16]-524 p. in-4<sup>o</sup>. Se reeditó en diversas ocasiones en el XVIII.

<sup>61</sup> BARÓN Y ARÍN, Jaime (O.P., 1657-1734), *Luz de la Fe y de la Ley. Entretenimiento christiano entre Desiderio y Electo, Maestro y discípulo, en dialogo y estilo parabolico, adornado con varias historias y moralidades, para enseñanza de ignorantes en la Doctrina christiana. Escrito por el M. R. P. Presentado...*, Zaragoza, Herederos de Manuel Roman, 1717, [28]-512-[20] p. in-fol. Se reeditó en 1726, 1732, 1747 (dos veces), 1756, 1762 (dos veces), 1763, 1768, 1788 y 1794. El autor era calificador del Santo Oficio y regente de estudios en el convento de San Ildefonso de Zaragoza.



leyera los otros, con menos trabajo y mayor / utilidad. En efecto, con estos últimos libros y otros semejantes jamás reunirá una serie de buenos principios apoyados en hechos verdaderos; jamás sabrá las obligaciones que ha contraído con el soberano y con la sociedad. Por consecuencia precisa no podrá fijar en los primeros años la educación de sus hijos con aquellas impresiones que deben guiarlos en el resto de su vida.

Tienen pues las mujeres necesidad de un libro que les muestre lo que pueden leer con utilidad sobre aquellas materias en que quieran instruirse. Si ellas no lo leen no les faltará algún hombre de razón a quien preguntar.

Entre los hombres hay muchos que saben leer y nada más, o si han estudiado un poco de gramática están muy distantes de entender un libro latino. La mayor parte de los españoles entran en este número. Digo pues de ellos lo mismo que de las mujeres, caminan a ciegas en sus lecturas, si no encuentran alguna guía que los conduzca.

Finalmente hay otros que son facultativos como teólogos, juriconsultos, médicos, y otros profesores cuyo ejercicio, en el estado presente de las cosas, necesariamente supone la inteligencia del latín. Con estos no hablo. Ellos estudian por otros libros que no están escritos en español, y el presente sólo puede servirles para / adquirir noticia de uno u otro libro de su facultad, o para otros de varia erudición a que quieran aplicarse. Así debo explicarme en obsequio de todo el cuerpo de facultativos. Sin embargo de que yo he conocido un número no pequeño de ellos que ignoran la lengua latina, apenas saben la española, siéndoles casi enteramente forastera la erudición que se les presenta en este tratado, todo como se ve compuesto de libros españoles.

A todas estas clases de personas les pueden ser útiles las noticias de este libro.

Asimismo puede servirles (y es el segundo designio que me he propuesto) para que vean por las que tenemos las obras que nos faltan, y cuando les cayere en suerte o su elección los guiare a traducir algún libro de otra lengua a la nuestra, sea de las que nos hacen falta, y no de las que tenemos de sobra, y mejores tal vez del que traducen.

En lo que va corriendo del siglo presente se han traducido al español infinitos libros ridículos, mezclados con otros excelentes y medianos que conocen bien las personas inteligentes<sup>62</sup>. Las que no sean tales pregunten cuando quieran traducir algún libro. Así no se fatigarán nuestras prensas con tanto superfluo cuando / en algunas materias estamos faltos, o no tan abundantes de lo necesario.

Lo último que me he propuesto es un poco delicado, y no sé si acertaré a decirlo sin chocar a muchos. Los de buena intención me disculparán porque la mía es sana. Yo deseo mucho que mis españoles aprecien y estimen su lengua, como los griegos y romanos apreciaban y estudiaban la suya, y no menos los franceses e italianos, que

<sup>62</sup> Sobre la problemática de la traducción al español en el XVIII, su volumen, evolución y materias ver GARCÍA HURTADO, Manuel-Reyes, *Traduciendo la guerra. Influencias extranjeras y recepción de las obras militares francesas en la España del siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999, pp. 33-43.

casi son idólatras de sus respectivos idiomas. Estos sin duda fueron y son al presente los conatos de nuestros príncipes en la fundación de la Academia Española, y en la protección que al presente logra cerca del trono. Con estos mismos deseos hablan y escriben nuestros más grandes hombres e insignes literatos. Mas como yo en este pequeño escrito voy hablando con el común de las gentes, a éstas quiero advertirles lo erradas que van en su conducta en la lectura de libros. Persuadidos muchos a que en España no puede haber nada bueno, comienzan su lectura por el primer libro francés que les viene a las manos: tienen por bajeza tomar un libro español. La historia misma de su nación, la descripción geográfica del reino, se custodian por / libros franceses, y como los autores de estos son tan ignorantes de las cosas de España, y los más doctos a lo menos tan preocupados, reciben los nuestros sus primeras impresiones de aquellos libros, y llegan a viejos sin conocer jamás su país. Yo he visto mucho de esto, y lo he observado más de una vez. Que español que tal vez necesitaría quinientos versos de Boileau y el Taso puede ser que no sepa todavía en qué lengua los hizo Garcilaso.

Con estas ideas falsas de su misma nación ascienden nuestros jóvenes a muy distinguidos empleos en los que hacen un daño inexplicable, porque persuadidos de nuestra total incapacidad para todo lo bueno, e ignorando al mismo tiempo nuestra historia civil y literaria, no piensan en promover ni menos en concurrir con las luces que no tienen y debieran tener para la prosperidad de la nación. De aquí nace la preocupación de que lo que se imprime en Madrid no puede ser cosa de gusto, ni menos lo que producen las demás ciudades de España. De aquí el desprecio que se hace de nuestros artesanos, y de cualquier obra suya por primera que sea. De aquí por la razón contraria el aprecio y el despacho de cualquier librete francés o manufactura francesa. De aquí también nacen las muchas traducciones de libros ruines y / ridículos que nos publican estos idólatras de todo lo extranjero. De aquí el dejarse en sus traducciones los errores más groseros y vergonzosos, no tanto para el autor como para el traductor. Dejo aparte los errores crasos y malignos contra el crédito y honor de la nación. Estos ni aun merecen impugnarse. Vamos a otros puramente históricos. Quién, por ejemplo, podrá contener la risa leyendo en el *Diccionario de los Concilios*, y en la palabra Lima estas pocas palabras: «Lima (Concilio de) el año 1584 (hasta el año está errado) por el arzobispo Laurino Alfonso Mogrovejo para el reglamento de la disciplina, y reformación de las costumbres: se cree que los decretos de este concilio los ha publicado el Padre Acosta»<sup>63</sup>. Es cosa de admirar que el autor francés que se puso a hacer

<sup>63</sup> PÉREZ PASTOR, Francisco, *Diccionario portatil de los Concilios, que contiene una suma de todos los Concilios Generales, Nacionales, Provinciales, y Particulares; el motivo de su convocacion; sus decisiones sobre el Dogma, ó la Disciplina; y los errores que se han condenado desde el primer Concilio, celebrado por los Apóstoles en Jerusalén, hasta despues del Concilio de Trento...*, Madrid, Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S. M., 1782 (3ª impresión), Tomo I, p. 412. El autor francés es Pons-Augustin ALLETZ (1703-1785) y la primera edición es de París, 1758. La traducción está dedicada a Campomanes, a la sazón Director de la Real Academia de la Historia.

de propósito un diccionario de concilios errase el año del de Lima<sup>64</sup>, no hiciese mención de otros dos celebrados por el mismo Santo Arzobispo Toribio, a quien él llama Laurino, como si fuera persona poco conocida, y por último que se cree que las actas de este concilio las publicó el Padre Acosta, dejando en esta incertidumbre al lector, cuando es notorio que hay cuatro ediciones del dicho concilio y de los otros dos de los que él no hace / mención. Todo esto (vuelvo a decir) es muy notable en un autor que se pone a tratar de propósito de concilios, pero se hace más reparable en el traductor, que indica ser hombre docto, en no haber puesto una nota que enmendase aquellos errores, o haber refundido el artículo, así como añadió o ilustró como él dice los de los concilios de Toledo<sup>65</sup>. Si esto hace un hombre instruido en la historia eclesiástica, ¿qué no habrán hecho otros traductores a secas sin más talento ni más instrucción que la de haber aprendido poco más que los rudimentos de la lengua francesa, al mismo tiempo que se desdénaban de hablar correctamente la suya?

Otro caso bien extraño por el sujeto en quien recae es el que refiere el Padre Mabillon en su *Viaje de Italia*, Tomo I, página 143, refiriendo una fábula de un San Viar, a quien dice que los españoles tenían por santo, y cuyo engaño dice que se descubrió en Roma en tiempo de Urbano VIII<sup>66</sup>. Con este motivo nos trata irónicamente de piosos y se lo dio a Heinecio y a otros que lo han seguido para calificarnos de vanos y supersticiosos. Pero a la verdad esta fue una ignorancia de Mabillon y de Heinecio, porque el caso que ellos refieren equivocadamente lo tenía escrito e impugnado el docto Andrés Resende, que vivió muchos años antes que naciese Mabillon, y antes / que Urbano VIII subiese al pontificado<sup>67</sup>. Véase el tomo I de las *Ciencias de las Medallas* traducido por el señor Pingarrón en el folio 32 de su erudito prólogo, donde refiere el caso largamente<sup>68</sup>. El mismo Mabillon en su *Tratado de Estudios*

<sup>64</sup> El Tercer Concilio Limense tuvo lugar en 1582-1583. Se determina publicar el catecismo en castellano, quechua y aimara, que serán los primeros libros que se imprimirán en Sudamérica.

<sup>65</sup> «He añadido en la traducción muchos concilios que faltan en el original, ilustrando con particular atención los de Toledo, para hacer más completa la instrucción, y más contraída a nuestra Península». PÉREZ PASTOR, *op. cit.*, Tomo I, Dedicatoria, s.p.

<sup>66</sup> MABILLON, Jean (O.S.B., 1632-1707) - GERMAIN, Michel (O.S.B., 1645-1694), *Iter Italicum litterarium dom Johannis Mabillon et dom Michaelis Germain... annis 1685 et 1686*, Luteciae Parisiorum, apud Vam E. Martin, J. Boudot et S. Martin, 1687, 244 p. in-4°. El Tomo II se publicó en 1689 por el mismo impresor.

<sup>67</sup> Andrés Resende nació en 1493 y murió en 1573. Maffeo Barberini (1568-1644) fue elegido Papa en 1623.

<sup>68</sup> Ver MARTÍNEZ PINGARRÓN, Manuel (Capellán de San Isidro y Bibliotecario Real), *Ciencia de las Medallas, con notas historicas i criticas: traducida del idioma francés, segun la edicion de Paris del año M.DCC.XXXIX, al español por D. ..., presbitero, bibliothecario de S. M. Con una disertacion del señor de Veauvais D'Orleans, sobre la manera de discernir las medallas antiguas de las que son contrahechas. Tomo I*, Madrid, Por D. Joachin Ibarra Impresor de Cámara de S.M., 1777, pp. XXXII-XXXIX. Traduce JOBERT, Louis (S.J., 1637-1719), *La Science des Medailles...*, Paris, L. Lucas, 1692, VIII-304 p. El traductor sigue el texto de la tercera edición, aparecida en 1739. Incluye BEAUVAIS, Guillaume, *La Manière de discerner les médailles antiques de celles qui sont contrefaites, par M. Beauvais...*, Paris, Briasson, 1739, VI-43 p. in-4°.

*Monásticos*<sup>69</sup> formando un catálogo bien dilatado para componer una biblioteca eclesiástica no hace memoria de la de D. Nicolás Antonio, que se había impreso en Roma muchos años antes que él escribiese su tratado de estudios<sup>70</sup>, siendo así que puso la diminutísima del Padre Andrés Escoto<sup>71</sup>. De otros muchísimos libros españoles que aun estaban traducidos al francés tampoco hizo mención, por donde se ve que aquellas gentes están tan poseídas y enamoradas de sus cosas que no se dignan siquiera de saludar las de España, como si los sucesos, libros y autores de ella no entrasen en el plan de la erudición universal. ¿Si esto sucede con un hombre tan sabio y tan piadoso como Mabillon qué sucederá con sus demás compatriotas? Ya se sabe lo que ellos piensan acerca del libro de *Don Quijote*, pues viven en la inteligencia de que esta obra fue una sátira contra el duque de Lerma, en que cometen muchísimos errores y anacronismos, como prueba el autor de la *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia* en su séptima carta<sup>72</sup>. /

En esta misma obrita, página 203, se hace memoria de una obra cuyo autor dice que ha empleado en ella treinta años de estudio y trabajo seguido. Intitúlase

<sup>69</sup> MABILLON, Jean (O.S.B., Tesorero de la Abadía de Saint-Denis, 1632-1707), *Traité des Études Monastiques, divisé en trois parties; avec une liste des principales difficultez qui se rencontrent en chaque siècle dans la lecture des Originaux, & un Catalogue de livres choisis pour composer une Bibliothèque ecclésiastique*. Par Dom... Religieux Benedictin de la Congregation de S. Maur, A Paris, Chez Charles Robustel, rue S. Jacques, au Palmier, 1691, [16]-478-[12] p. in-4°. Hay una traducción anónima (por un monje de la Congregación de San Benito de Valladolid) al castellano que se publicó en 1715, 1775 y 1779.

<sup>70</sup> Nicolás ANTONIO (1617-1684) publicó su *Bibliotheca Hispana sive Hispanorum* en Roma en 1672.

<sup>71</sup> SCHOTT, Andreas (S.J., 1552-1629), *Hispaniae Bibliotheca, seu de academiis ac bibliothecis; item elogía et nomenclator clarorum Hispaniae scriptorum...*, Francofurti, apud C. Marnium et haeredes, 1608, 3 tomos en 1 vol. (piezas preliminares-649 p.) in-4°. En la dedicatoria firma como A. S. Peregrinus, que es su seudónimo. Cit. en MABILLON, *op. cit.*, p. 476. No merece el calificativo de «diminutísima», como vemos, y el poco aprecio que le merece puede deberse bien a la nacionalidad del autor, que no era español sino belga, o a su condición de jesuita. Fue profesor de retórica en Lovaina, Roma y Amberes, su ciudad natal y en la que murió.

<sup>72</sup> «A propósito de D. Quijote, es cosa bien extraña que permanezca todavía en la nación francesa la opinión (que propaga a las otras) de que el D. Quijote es una fina sátira contra el Duque de Lerma, por haber sido Cervantes tratado con poca consideración de aquel ministro. No solamente Moreri y los demás diccionarios de aquella clase, que ordinariamente le copian, sino también la célebre Enciclopedia sigue la misma opinión, como se puede ver en el artículo *roman*, sin embargo de que aquellos autores tienen vista la edición de Londres, y han leído en ella la vida de Cervantes, escrita por el exacto y eruditísimo Mayans, a quien citan en el artículo *Sevilla* donde hablan extensamente de Cervantes, considerándole natural de aquella ciudad por el texto de D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca hispana*. ... Las patentes equivocaciones y clásico anacronismo que padece este párrafo de dicho artículo *Sevilla*, manifiestan la cautela con que deben leerse las obras francesas cuando tratan de cosas nuestras.» SILVA, Francisco María de (Seudónimo de Pedro LUJÁN Y SUÁREZ DE GÓNGORA, Duque de Almodóvar, 1727-1794), *Década epistolar sobre el estado de las Letras en Francia. Su fecha en Paris. Año de 1780. Por D. ...*, En Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1781, pp. 191-192.

*Ensayo sobre la música antigua y moderna*, cuatro tomos en cuarto de más de seiscientas páginas cada uno<sup>73</sup>. En esta obra pues tan magnífica y tan ostentosa se lee que habiendo caído Felipe V en una especie de demencia hipocondríaca, la reina hizo venir a España a Farinelli, y que sin que lo supiese el rey le hizo cantar en la pieza inmediata. Que el encanto de su voz movió de tal suerte el ánimo de aquel soberano que le hizo entrar inmediatamente en su propia cámara y lo honró mucho. Que Farinelli rogó a S. M. que se hiciese afeitar y acudiese al despacho, dos cosas que no habían podido conseguir hacía mucho tiempo, y que logró, siendo este el principio de su valimiento con el que después llegó a ser primer ministro. Si así desbarra el dicho autor en una obra de treinta años de estudio y sobre un personaje tan conocido que ha vivido en nuestros días<sup>74</sup>, que habría millares de personas en París que lo hubiesen tratado, visto y oído, ¿qué no harán otros escritores con menos años de estudio, y en noticias no tan fáciles de adquirir? /

He traído estos ejemplos únicamente, aunque pudiera hacer un buen libro de los muchos errores que hay esparcidos tocante a España en los libros franceses, y aun en las traducciones de ellos, que corren ya en nuestro idioma y engañan con sus noticias aun a los hombres de juicio y amantes de la nación, pero que carecen de otros libros y noticias que las que les ministran aquellos de que voy hablando.

De aquel principio nace también lo que muchos han notado ya y reprehendido, que nuestra lengua se va afrancesando de modo que presto no nos hemos de entender, porque no sólo se introducen palabras, sino frases enteras, y aun hay discursos que apenas tienen de español sino las terminaciones y artículos, lo demás todo es francés. Esto no es enriquecer su lengua, sino corromperla. Los ignorantes llaman puristas a los que reprenden esto. Ellos pudieran con más razón llamarse impuros corrompedores de su lenguaje nativo, llenándolo de bazofia y de heces y de impurezas, en lugar de enriquecerlo con uno u otro término que le falta, guardando en lo demás el correspondiente decoro.

Aun tengo observada otra cosa en esta especie de gente de que voy hablando. Se hacen lenguas en alabanzas de un libro francés, pero luego que este mismo libro se / traduce en español, aunque esté bien traducido, ya no les gusta, ni lo nombran para nada, porque los elogios han de recaer sobre lo francés, y nada más. El hombre sensato sacará de aquí el montón de consecuencias que se presentan a primera vista.

Por último, de aquel mismo principio nace aquella lastimosa ruina que en muchos genios arrogantes va experimentando nuestra religión católica. Hay más en esto de lo que se piensa. La mayor parte de estos eruditos de que voy hablando (con mucha

<sup>73</sup> LA BORDE, Jean-Benjamin de (1734-1794), *Essai sur la musique ancienne et moderne*, Paris, de l'impr. de Ph. D. Pierres, se vend chez Eugène Onfroy, 1780, 4 vol. in-4°.

<sup>74</sup> Carlo Broschi (1705-1782).

razón llamados a la violeta<sup>75</sup>) son hombres ligeros, orgullosos, locuaces e intrépidos. Las obras del infeliz Voltaire cuadran admirablemente con semejantes genios. Él no profundiza jamás, ni ellos son capaces o no quieren profundizar. Así los arrebató con sus chansoncitas<sup>76</sup>, o insensiblemente les inspira su veneno que cunde en sus venas prodigiosamente, permitiéndolo así Dios en castigo de su orgullo, con el que quisieron pasar la plaza de doctos sin estar siquiera bien radicados en la fe que profesan con la lectura de un buen catecismo. Ojalá no tuviéramos de esto bien tristes ejemplares.

Aquí pues entra ahora el tercer designio que dije proponerme en este libro. Para las gentes que no siguen la carrera literaria les basta y sobra con los muchos y buenos libros que aquí se proponen. Aquí tienen / religión bien pura, buena moral, disciplina, historia, política, legislación, poesía, matemáticas, filosofía. Tienen lo que les basta y aun sobra para ser buenos católicos, buenos ciudadanos, buenos patriotas, y muchas luces para ejercer con fruto y utilidad pública muchos empleos que no piden hombres de letras. ¿A qué fin pues tanto prurito por la lengua francesa? ¿No es menos inconveniente el que la ignoren que el exponerse por medio de ella a imbuirse en errores contra su religión y su patria?

No piense por esto algún genio escrupuloso que yo pretendo desterrar el estudio de una lengua en que tanto bueno hay escrito. Sería tiempo perdido el que yo emplease en semejante persuasión. Me parece haber explicado bastante mi concepto. Conozco los muchos y excelentes libros que hay escritos en idioma francés, aconsejo que se traduzcan al nuestro los que hagan falta para nuestra ilustración. En el discurso de esta obrita propongo muchos de ellos. Así que no me vengan a criticar suponiendo que yo censuro en general el estudio de esta lengua famosa. Estudien pues dicha lengua los hombres bienintencionados, sean o no facultativos, adornen su literatura o fórmenla si les agrada por los buenos libros franceses, y en las cosas pertenecientes a España reformen por los españoles ilustrados los desaciertos / de aquellos. Esto va muy conforme a razón.

Mas como al mismo tiempo sabemos que hay tantos malos escritos en dicha lengua, que hay entre nosotros tantos hombres frívolos y superficiales, unos que la estudian por mero capricho y ser lengua de moda, y otros tal vez únicamente para leer malos libros, no debe extrañar que yo disuada a semejantes gentes, y a las que pueden tener influjo en ellas, un estudio que les puede ser tan perjudicial por abrirles la puerta a la lectura de muchos malos libros, y más cuando les presento otros en que pueden

<sup>75</sup> La publicación de *Los eruditos a la violeta* del oficial de caballería José CADALSO (1741-1782) tuvo lugar en 1772. El Diccionario de la Academia incluyó esta expresión por primera vez en 1843: «loc. que se aplica al que sólo tiene una tintura superficial de las ciencias y artes». *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española. Novena edicion*, Madrid, Imprenta de D. Francisco Maria Fernandez, 1843, Suplemento de algunas voces omitidas en el diccionario, s.p.

<sup>76</sup> Emplea un galicismo para aludir a cancioncitas.

cebar su curiosidad y variar cuanto quieran su gusto siguiendo la inconstancia de sus genios, pero siempre dentro de los límites de la razón.

Estudie pues muy enhorabuena el teólogo las bellas obras que hay escritas en estos últimos tiempos en defensa de la religión, estudie la perpetuidad de la fe sobre la Eucaristía, la frecuente comunión, maneje mucho las obras de Bossuet sobre la falsa espiritualidad<sup>77</sup>, o contra el quietismo<sup>78</sup>, muchas buenas obras de Pedro Nicole<sup>79</sup>, de Pascal<sup>80</sup>, las conferencias de Semelier<sup>81</sup>, de Luzón y otras. Sacie su erudición con las historias de Fleury<sup>82</sup>, de Racine<sup>83</sup>, y los escritores eclesiásticos de Cellier<sup>84</sup>. Yo aplaudiré con gusto sus tareas. Estudie el jurisconsulto las leyes civiles de Domat<sup>85</sup>, las

<sup>77</sup> BOSSUET, Jacques-Bénigne (Obispo de Meaux, 1627-1704), *Instruction sur les estats d'oraison, où sont exposées les erreurs des faux mystiques de nos jours, avec les actes de leur condamnation, par messire...*, Paris, impr. de J. Anisson, 1697, 483-CXXX p. in-8º.

<sup>78</sup> BOSSUET, Jacques Bénigne, *Relation sur le quiétisme. Par messire... evesque de Meaux, conseiller du roy en ses conseils, & ordinaire en son conseil d'Etat, cy-devant precepteur de monseigneur de dauphin, premier ausmonier de madame la duchesse de Bourgogne*, A Paris, chez Jean Anisson directeur de l'Imprimerie royale, ruë de la Harpe, au dessus de Saint Cosme, à la Fleur de lis de Florence, 1698, [4]-148 p. in-8º.

<sup>79</sup> Pierre NICOLE (1625-1695) es uno de los más ardientes defensores del jansenismo. Entre sus obras destacan *La Logique ou l'Art de penser* (1662) –escrita con Antoine ARNAULD (1612-1694)– y *Essais de Morale* (1671). Contribuyó a las *Provinciales* de Pascal.

<sup>80</sup> Blaise PASCAL (1623-1662), pese a su breve vida, dejó tras de sí numerosos trabajos y avances científicos en campos tan diversos como la geometría, la hidrodinámica o la hidroestática. Sus dos obras más destacadas son *Lettres Provinciales* (1657), una defensa del jansenismo contra los jesuitas, y *Pensées sur la religion* (1670). Es paradójico que el autor recomiende a Pascal al mismo tiempo que a Bossuet, pues en el XVIII a nadie escapaba la oposición entre ambos, como demuestra que la edición de *Pensées* de 1776 de Jacques-Marie de Caritat de CONDORCET (1703-1783) se realizara a instancias de Voltaire.

<sup>81</sup> LE SEMELIER, Jean-Laurent (Prêtre de la doctrine chrétienne), *Conférences ecclésiastiques de Paris sur le mariage, où l'on concilie la discipline de l'Église avec la jurisprudence du royaume de France...*, Paris, J. Estienne, 1713, 3 tomos en 5 vol. in-12º; *Conférences ecclésiastiques de Paris, sur l'usure et la restitution... établies et imprimées par ordre de S. É. Mgr le cardinal de Noailles...*, Paris, J. Estienne, 1718, 4 vol. in-12º.

<sup>82</sup> FLEURY, Claude (1640-1723), *Histoire ecclésiastique de M. de Fleury*, Paris, Aubouyn, 1691, 37 vol. in-4º. T. VII y XI, Paris, Emery, 1701 - Emery Saugrain Martin, 1720; T. XV, Paris, J. Mariette, 1719; T. XVI, Paris, Emery Saugrain Martin, 1719; T. XVII, Paris, Mariette, 1727; T. XVIII, Paris, Emery Saugrain Martin, 1720; T. XIX, Paris, Emery Saugrain Martin, 1726; T. XX, Paris, Emery Saugrain Martin, 1723; T. XXI a XXXVI, Paris, H. L. Guérin, 1726-38; T. XXXVII, Paris, Desaint-Saillant, 1758. De Fleury son los primeros veinte tomos.

<sup>83</sup> Jean RACINE (1639-1699) es autor de diversas tragedias clásicas que le confirieron enorme reputación como dramaturgo.

<sup>84</sup> *Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques par D. Cellier*, Paris, Barois, 1729-1763, 23 vol. in 4º. T. I-II-III. Paris, Barois, 1729-1730; T. III-IV. Paris, P. Le Mercier, 1732-1733; T. V-VI. P. N. Lottin, 1735-1737; T. VII. M. Le Mercier, 1738; T. VIII. D. A. Pierres, 1740; T. IX. Ph. N. Lottin, 1741; T. X. M. Pierres, 1742; T. XI-XII-XIII-XIV. P. du Mesnil, 1744-47; T. XV-XVI. Ph. N. Lottin, 1748; T. XVII-XVIII. M. Pierres, 1750-1752; T. XIX. Ph. N. Lottin, 1754; T. XX-XXI-XXII. M Lottin, 1757-1758; T. XXIII. Vve Pierres, 1763.

<sup>85</sup> DOMAT, Jean (1625-1696), *Lois civiles dans leur ordre naturel*, s.l., s.i., 1681, 5 vol. in-4º.



eclesiásticas de Héricourt<sup>86</sup> y de tantos otros que han escrito con acierto sobre estas mate / rias, y son bien obvios. Maneje el médico los buenos diccionarios de medicina<sup>87</sup>, las excelentes obras que han producido y producen las academias, y finalmente el matemático aprovechése de los muchos y excelentes tratados que hay escritos en estas facultades. Todo esto es muy justo.

Pero el hombre superficialísimo déjese de libros franceses, conténtese con el capítulo que se le dirige en este libro, añadiendo o quitando uno u otro conforme a su inclinación, sin aumentar el tamaño ni mudar la encuadernación. Tal vez lo que comience por curiosidad, por ligereza o por deseo de aplausos acabará por amor a la verdad, a la sólida instrucción, y aun a la cristiana filosofía. No pierda nunca de vista que la lectura que se hace no es de libros, sino de cosas. Quiero decir que no vaya pasando de un libro a otro contento sólo con haberlo leído, sino que debe formarse un plan ordenado en que entren las buenas especies de los libros que lea, colocándolas de modo en su memoria que vengan en ella ordenadas la religión, la historia, la varia literatura y todo lo demás. Este es el modo con que la sucesiva lección de libros aumenta las especies, y va llenando los huecos que las lecturas anteriores habían dejado.

Al hombre de bien a quien con su venia llamo todavía superficial, porque no lo contemplo radicado en ninguna facultad, también dirijo otro capítulo / donde tiene un campo muy vasto en que ejercitar su amor a las letras, y aun que dirijo uno sólo para que forme su pequeña biblioteca, todo este libro va propiamente dirigido a él. Cada uno consultará las facultades de su entendimiento y de su bolsillo para llenar los más o menos estantes con los libros de que aquí se hace larga mención.

<sup>86</sup> HÉRICOURT DU VATIER, Louis d' (1687-1752), *Les Loix ecclésiastiques de France dans leur ordre naturel, et une analyse des livres du droit canonique, conféz avec les usages de l'Église gallicane, par Me Louis de Héricourt ...*, Paris, D. Mariette, 1719, 2 partes en 1 vol. in-fol.

<sup>87</sup> Con fecha de publicación anterior a 1750 podríamos destacar los siguientes: THÉVENIN, François, *Les Oeuvres de maistre ... contenant un Traité des opérations de chirurgie, un Traité des tumeurs et un Dictionnaire étymologique des mots grecs servans à la médecine. Recueillies par maistre Guillaume Parthon...*, Paris, P. Rocolet, 1658, 2 partes en 1 vol. in-fol.; MEUVE, De, *Dictionnaire pharmaceutique ou Apparat de médecine, pharmacie et chimie... par M. ...*, Paris, L. d'Houry, 1689, 1 vol. in-4°; BURNET, Thomas, *Le Trésor de la pratique de médecine, ou le Dictionnaire médical, contenant l'histoire de toutes les maladies et leurs remèdes ... le tout recueilli par M. ... enrichi des remarques de M. Dan. Puerarius... Traduit de latin en françois par Mr N. P. D. M.*, Lyon, H. Baritel, 1691, 3 vol. in-8°; COL DE VILLARS, Élie (1675-1747), *Dictionnaire français-latin des termes de médecine et de chirurgie, avec leur définition, leur division et leur étymologie, par M. ... Suite du «Cours de chirurgie»*, Paris, Coignard, 1741, IV-474 p. in-12°; JAMES, Robert, *Dictionnaire universel de médecine, de chirurgie, de chymie, de botanique, d'anatomie, de pharmacie et d'histoire naturelle, etc., précédé d'un Discours historique sur l'origine et les progrès de la médecine, traduit de l'anglois de M. James par Mrs. Diderot, Eidous et Toussaint, revu ... et augmenté par M. Julien Busson...*, Paris, Briasson, 1746-1748, 6 vol. in-fol.



En cuanto al estilo creo que sabrán perdonarme los que hablen mejor que yo, pues bien conocen que este género de obras no son susceptibles de otra elocuencia que la que pide una sencilla narración y calificación de los libros que presento. Convento desde luego en que otro cualquiera lo haría mejor, así en cuanto al estilo como en cuanto al juicio que se hace de los libros, mas como hasta ahora nadie lo ha hecho, que yo sepa, y para instruirse las gentes a quienes aquí pretendo instruir necesitarían revolver muchos libros y pequeños, consultar a hombres que les parezcan hábiles, y después de todo tal vez saldrán engañados, me parece que no deben rehusarme la indulgencia que merezcan mis faltas, tanto en las del estilo como en las del juicio que hago de las obras. Suplicamos a todos los buenos patriotas que continúen o mejoren las luces que aquí damos, por las que sin duda les quedará el público sumamente reconocido.

Sólo resta advertir que el tiempo en que este libro se / escribe es puntualmente en el que van tomando incremento las ciencias, en que se publican libros buenos cada día. Así cualquiera podrá ir anotando para su uso todos aquellos que no estén marcados con el sello del buen gusto, que es fácil de percibir tanto por algunas reglas y especies vertidas en este libro, como por los que él señala para que aprendan los principiantes como el Muratori sobre el buen gusto<sup>88</sup>, el compendio de lengua (digo) de lógica y ética de D. Remigio Asensio<sup>89</sup>, el Padre Segura<sup>90</sup> y otros. Con esto podremos ir convaleciendo de tanta impresión como se sufre y dinero que se malgasta en *David perseguido*<sup>91</sup>, *Soledades de la vida*<sup>92</sup>, *Reyes nuevos de Toledo*<sup>93</sup>, *Desengaños*

<sup>88</sup> MURATORI, Lodovico Antonio (Sacerdote, Bibliotecario en la biblioteca ambrosiana de Milán y después en la corte del Duque de Módena, 1672-1750), *Reflexiones sobre el Buen Gusto en las Ciencias y en las Artes. Traducción libre de las que escribí en italiano Luis Antonio Muratori. Con un discurso sobre el gusto actual de los españoles en la literatura por don Juan Sempere y Guarinos...*, En Madrid, en la imprenta de don Antonio de Sancha, se hallará en su librería, en la Aduana Vieja, 1782, [2] en bl.-[6]-299 [i.e.296] p. in-8°. Juan SEMPERE Y GUARINOS (1754-1830).

<sup>89</sup> ASENSIO, Remigio (Presbítero), *Elementos de Logica y de Ethica, precedidos de un Compendio de la Historia de la Filosofia escritos por Don... presbytero, para instruccion de la juventud*, Madrid, Joachin Ibarra, 1770, 167 p.-2 hs. 15'5 cm.

<sup>90</sup> SEGURA, Jacinto (Dominico), *Norte critico con las reglas mas ciertas para la discrecion en la historia y un tratado preliminar para instruccion de historicos principiantes por... sacale a luz ... Miguel Vicente Chiva...*, En Valencia, en la Imprenta de Joseph Garcia..., 1733, [24]-LII-504 p. [2] h. de grab. in-fol. Tuvo una segunda edición en 1736.

<sup>91</sup> LOZANO, Cristóbal (1609-1667), *David perseguido y aliuio de lastimados. Historia sagrada paraphraseada con varias historias humanas y divinas*, Madrid, 1652, 1 vol. in-4°. Tuvo numerosísimas ediciones: 1653, 1657, 1659, 1661, 1664, 1665, 1668, 1670, 1671, 1672, 1673, 1674, 1678, 1680, 1698, 1713, 1716, 1729, 1733, 1740, 1745, 1749, 1750, 1759, 1761, 1771, 1787 y 1791.

<sup>92</sup> LOZANO, Cristóbal, *Soledades de la vida, y desengaños del mvndo. Novelas exemplares...*, Madrid, 1658, 1 vol. in-4°. Reimpreso en 1662, 1663, 1672, 1688, 1692, 1712, 1713, 1716, 1722, 1726, 1733, 1741, 1748, 1759, 1792, 1798 y 1812.

<sup>93</sup> LOZANO, Cristóbal, *Los Reyes Nuevos de Toledo. Describense las cosas mas augustas y notables de esta Ciudad imperial; quienes fueron los Reyes Nuevos, sus virtudes, sus hechos, sus proezas, sus*

*místicos*<sup>94</sup>, Larraga<sup>95</sup>, obras de Falconi<sup>96</sup>, y otras semejantes de que continuamente se están repitiendo impresiones.

*hazañas, y la Real Capilla, que fundaron en la Santa Iglesia, Mausoleo sumptuoso, donde descansan sus cuerpos... al rey nuevo... Christo Señor... le consagra... la pluma... D. ... dividese en quatro libros*, En Madrid, a costa de Francisco Serrano de Figueroa... en la Imprenta Real, 1667, [16]-559-[16] p. in-4°. Se reimprime en 1674, 1696, 1698, 1716, 1724, 1726, 1727, 1729, 1734, 1744, 1749, 1764 y 1792.

<sup>94</sup> ARBIOL, Antonio (O.F.M., Calificador del Santo Oficio, Provincial de Aragón, Electo Obispo de Ciudad Rodrigo, 1651-1726), *Desengaños misticos a las almas detenidas, o engañadas en el camino de la perfeccion. Discurrense las mas principales causas y razones, porque siendo tantas las personas que tratan de oración mental, son tan pocas las que llegan a ser perfectas. Se descubren los daños y se aplican convenientes remedios, para que lo que se trabaja en el camino espiritual, aunque sea poco, vaya seguro, y se libren las almas de los perniciosos errores de Molinos... Su autor el R. P. Fr. ..., de la Regular Observancia de Nuestro Serafico Padre San Francisco...*, En Zaragoza, por Manuel Roman..., 1706, [24]-483-[28]-[1] p. en bl. in-4°. Se reeditó en 1712, 1713, 1714, 1724, 1729, 1730, 1733, 1757, 1758, 1764, 1772 (dos veces), 1784 y 1789. Se publicó en portugués en 1746, 1765 y 1796.

<sup>95</sup> Francisco LARRAGA (Dominico) es autor de *Promptuario de la Theologia Moral. Muy util para todos los que se han de exponer de confesores, y para la debida administracion de el Santo Sacramento de la Penitencia* publicado en 1706, y que se reeditó en 1708, 1709 (dos veces), 1710, 1711, 1712 (dos veces), 1713, 1714, 1716, 1717, 1718, 1720, 1721 (dos veces), 1722, 1723, 1724, 1725, 1726, 1727, 1729, 1730, 1735 (dos veces), 1738, 1739, 1741, 1742, 1743, 1746, 1747, 1748, 1750, 1752, 1754, 1757, 1758, 1759 (dos veces), 1760 (dos veces), 1761, 1765, 1766, 1770, 1780, 1788, 1789 (dos veces), 1790, 1792, 1793, 1794, 1795, 1796, 1797 (dos veces), 1799, 1802 y 1805, siendo todavía publicado durante los siglos XIX y XX. Se editó en portugués en 1714, 1727 y 1749.

<sup>96</sup> Juan FALCONI (O. de M.) es representante de la escuela mística mercedaria. Su *Obras espirituales del Venerable Padre Presentado...* vio la luz en 1631, 1662, 1673, 1676, 1763 y 1780. También se publicaron de manera independiente. Tuvo traducciones al italiano (1665) y al francés (1667 y 1686).